

VAGABUNDOS DEL INFINITO

RED ARTHUR

VAGABUNDOS DEL INFINITO

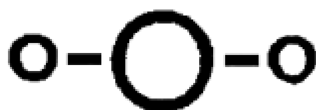
COLECCION

ESPACIO

Vagabundos del infinito

por

RED ARTHUR



EDICIONES TORAY, S.A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRAFICAS TRICOLOR — Eduardo Tubau, 12 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO



El Emisario Del Profesor Versen

CINCO saetas escarlata surcaban el cielo arrebolado con los últimos guiños de un sol que parecía buscar el reposo en las tranquilas aguas del Pacifico.

Las estilizadas siluetas de los velocísimos reactores «Drake F-104» reflejaban constantemente los últimos rayos de luz, adquiriendo su bello color rojo tonalidades sangrientas.

Volaban apenas a cien metros sobre las aguas, que brillaban como ascuas de fuego. En aquel momento resultaba acertado el nombre de «dragones» con que se les había bautizado. La última escaramuza del día contra las sombras proporcionaba notas de claroscuro, que contribuían a dar tintes fantásticos a la escena.

El mayor Fred Caron abandonó la lectura de agujas indicadoras y niveles de presión para lanzar una mirada hacia atrás. La cúpula esférica de la carlinga permitía una visión clara. Aunque, dada la velocidad de la escuadrilla, era imposible ver más que las siluetas de los cuatro «F-104» restantes.

Pensó en Andy Stivell. Dirigió su mirada hacia su reactor. Era el que volaba a la derecha y en último término.

Aquel muchacho le tenía profundamente preocupado. Llevaba ya dos meses a su mando y continuaba sin poder controlar sus nervios. No era cobarde, Caron lo sabía bien.

Stivell había llegado a constituir un problema para el mayor. Si el muchacho no hubiera tenido condiciones para llegar a ser un buen piloto, Caron hubiera tenido una inmejorable ocasión de solucionar aquel problema. Pero Stivell reunía condiciones. Le faltaba seguridad en sí mismo y Fred Caron se había propuesto que la adquiriera. Recordaba sus años de bisoño.

También él había pasado por una crisis semejante a la de Andy Stivell y hubo alguien que se preocupó de él. Aquel alguien hizo de él un magnifico piloto; alguien había asegurado que el mejor de toda la Unión.

Se dijo que en aquel momento no había motivo de preocupación. Stivell volaba normalmente, aunque quizá algo alejado de la formación.

Necesitó consultar el salpicadero. Encendió la luz que iluminaba

la carlinga, pues ya resultaba difícil verlo. Tras un breve cálculo dedujo que en el término de diez minutos estarían sobre su base en San Francisco.

Conectó con el resto de la escuadrilla.

—¿Todo bien? —preguntó después de saber que todos habían captado su llamada. Esperó un tiempo prudencial para dar lugar a las respuestas. No había la menor contrariedad—. Estén preparados. Falta ya muy poco para que sobrevolemos la base. Para el aterrizaje emplearemos el turno acostumbrado. Yo tomaré tierra en primer lugar, siguiéndome Fitzgerald y Cabot. La otra pareja, formada por Talbot y Stivell, lo harán en último término. Recomiendo especialmente a Stivell que controle sus reacciones. La parte más importante del aterrizaje es la suelta de los gases-freno y ello no es complicado, si se tiene la cabeza despejada.

Cortó la comunicación y puso todos sus sentidos en el vuelo. En aquella zona tan próxima a San Francisco se hacía preciso adoptar precauciones hasta la exageración, a fin de evitar una trágica colisión. El movimiento del aeródromo transoceánico y de las Bases de la Marina y la Aviación era tanto, que cualquier piloto descuidado corría el riesgo de toparse con el inopinado obstáculo de otro avión.

Pese a no ser noche cerrada, resultaba magnifico el espectáculo. Allá abajo podían verse los miles de lucecillas de la gran ciudad. Apenas un minuto más tarde volaban ya sobre los suburbios de la gran urbe.

La escuadrilla siguió volando hacia el norte. Y, de improviso, brillaron las luces del aeródromo militar.

El mayor Caron comunicó a sus hombres que se disponía a aterrizar. Era preciso sincronizar la maniobra.

El esbelto «Drake F-104» enfiló la larga aguja de su proa hacia el suelo en un ángulo no menor de sesenta grados. Con un espeluznante aullido se «descolgó» desde una altura de mil metros; tras él fueron los otros cuatro.

El vertiginoso descenso duró tan sólo unos instantes. A cien metros del piso de cemento de la pista de aterrizaje, el cabeza de la formación se enderezó con un formidable rugido.

El ascenso, en vertical, fue apenas inapreciable. Las fuentes de energía que impulsaban al poderoso reactor cesaron en su trabajo. Por unos instantes pareció un pájaro herido.

Inmediatamente, comenzó a descender de popa. A determinada altura comenzaron a funcionar cuatro diminutos reactores-freno adosados, respectivamente en cada uno de sus airosos timones de estabilidad.

La pista se vio iluminada por potentes reflectores.

El mayor invirtió el sentido de la cabina basculante, quedando sentado en posición normal. Pudo ver perfectamente cómo ascendían los capitanes Fitzgerald y Cabot. Segundos después a Talbot y el teniente Stivell. Este último realizaba la maniobra con toda perfección.

No pudo prestar más atención, pues necesitaba de todos sus sentidos para que su propio aterrizaje no constituyese una catástrofe.

A pocos metros del suelo hizo surgir las ruedas armadas de brazos telescópicos. Poco más tarde se verificó el contacto; hubo una distensión de muelles y, al fin, la inmovilidad.

Automáticamente abrió la carlinga desde el interior. El personal del aeródromo aproximaba en aquellos momentos una escalera metálica con pasamanos, de la que se sirvió el mayor para descender a tierra. Eran sus movimientos torpes y pesados, debido al traje especial de vuelo, relleno de aceite para contrastar las diferencias de presión.

El proceso de liberación del pesado traje era algo complicado, que únicamente la rutina lograba hacer más breve.

Los cinco pilotos sufrían la intervención al mismo tiempo. Caron envió una sonrisa al teniente Stivell, apenas se hubo despojado del casco de vuelo. El joven hizo un gesto con su mano.

Más tarde, cuando marchaban hacia los edificios del aeródromo, Stivell procuró alcanzar al mayor.

—¿Qué tal lo hice esta vez, señor? —preguntó.

Era evidente que la respuesta del superior y la opinión que expresara en ella, era de importancia para el joven piloto.

—No pude observar toda la maniobra, Stivell, pero lo que de ella pude ver no me desagradó. Creo que es usted un magnifico piloto, o lo será. Bastará para conseguirlo que comprenda que, en vuelo, es usted mismo el factor más importante. Es su cerebro el que manda. Cuando adquiera confianza en si mismo, y experimente que es su inteligencia la que domina a la máquina, los «F-104» no tendrán secretos para usted.

Stivell sonrió tímidamente.

—Eso debe ser muy sencillo para un «as», como lo es usted, pero no para un inexperto como yo.

—No exagere. Comprendo perfectamente lo que siente, porque yo mismo hube de resolver el mismo problema. No se sabe lo sencillo que es trepar por un árbol hasta que se llega por primera vez a la copa. Yo le aseguro que llegará a ser un inmejorable piloto.

—Con su ayuda puede que sí —respondió Stivell—. Su apoyo moral me sirve de mucho. Reconozco mi carácter sumamente susceptible y sé que, de ir a otra escuadrilla, no lo conseguiría jamás. Las reconvenciones por posibles fallos me desmoralizan.

—Está bien —dijo Caron—. Procuraré que no le saquen de nuestro lado.

El muchacho demostró extrañeza.

—¿No abandona la carrera militar, entonces? —preguntó.

Esta vez fue Caron el extrañado.

—Creo no haberle entendido bien —dijo—. Vamos, entremos en la cantina y tomaremos algo. De paso, puede explicarme eso que acaba de preguntar.

Se acomodaron en la barra. Stivell tenía todas las muestras de haber sido cogido en falta. Como si temiera haber cometido una indiscreción, extrajo un paquete de cigarrillos y ofreció al mayor.

—Verá —comenzó—, se comenta que usted iba a solicitar el cese en activo.

—No sé cuál puede haber sido el origen de ese rumor. No tengo más que treinta y dos años y el último examen médico fue satisfactorio. Por otra parte, puedo asegurarle que jamás pasó por mi mente tan peregrina idea.

—Pues todos creen que está decidido a causa de la herencia que acaba de dejarle un pariente suyo.

—Podían haberse justificado con otro motivo. Esa herencia no solventaría mi desenvolvimiento económico —fue la respuesta de Caron—. Comienzo a creer que quien propaló esa fantástica noticia es alguien a quien apremia que el escalafón se mueva más de prisa.

Se puso en pie.

—Voy a cambiarme de ropa —volvió a decir—. Si quiere, puedo llevarle en mi automóvil hasta San Francisco.

—Gracias. Traje el mío, pero estoy esperando a Talbot; tenemos preparada una pequeña fiestecita. No me atrevo a invitarle, pero he de decirle que las muchachas son preciosas.

—Agradezco su interés, pero no me es posible acompañarles. ¡Hasta mañana!

Abandonó el local para dirigirse a los vestuarios. De allí a las oficinas de Mando para firmar el parte de vuelo. Tras el rutinario «Sin novedad» estampó su firma al pie del documento. Por unos instantes su mirada se detuvo en la fecha del impreso: 22 de marzo de 1.970.

«¡Cómo corre el tiempo! —pensó—. Parece ayer, y ya han transcurrido ocho años desde entonces.»

Sumido en sus pensamientos, abandonó el edificio y salió al exterior. Con paso lento llegó hasta el aparcadero de automóviles, deteniéndose ante un «Plymouth» de bello color verde, modelo revolucionario cuyo diseño había desafiado las más atrevidas concepciones de la aerodinámica.

Con gesto maquinal hizo girar la manija de la portezuela; parecía estar muy ausente, con el aire de quien recuerda algo que en algún tiempo influyó poderosamente en su ánimo.

Se dejó caer frente al volante. El ambiente del interior del vehículo debió parecerle sofocante, porque corrió hacia atrás la capota mediante el empleo de un resorte automático.

Cuando el automóvil, con el peculiar silbido de su turbina atómica, abandonó el enarenado camino que conducía del aeropuerto a la carretera principal, Fred Caron continuaba absorto en sus meditaciones.

La fresca brisa del mar contrarrestaba la caliginosidad de un verano prematuro. De algún punto venía el intenso perfume de unos naranjos de floración tardía. En el cielo limpio y sin celaje alguno brillaba intensamente el disco iluminado de una espléndida luna llena.

La mirada del Mayor Caron se posó en ella. Al contemplarla, las arrugas de su entrecejo formaron pronunciados pliegues. Durante bastante tiempo no apartó la vista; llegó a parecer que le fascinaba.

En cierta ocasión estuvo a punto de ser arrollado por un rapidísimo camión, pero ello no constituyó causa suficiente para que abandonase sus pensamientos.

Ahora, contemplando desde detrás del volante de un automóvil el pálido satélite, parecía inverosímil que ocho años antes lo hubiese hollado con sus propias plantas. Aquel recuerdo le dejaba perplejo cuantas veces acudía a su mente. Incluso a él, protagonista del primer viaje terrestre con éxito a la Luna, le parecía tan sólo un sueño, la imagen deslustrada de un suceso difícilmente retenido por el poder fijador del cerebro.

Sin abandonar el volante, ejecutó la complicada tarea de extraer un cigarrillo y prenderlo, después de haberlo sujetado entre los labios. Había sido un gesto maquinal, indefinido y obediente a un mandato muscular reflejo. Mientras aspiraba profundas bocanadas recordó a grandes trazos algunos pasajes de aquel fabuloso viaje, que asombró al mundo y dio magníficos resultados relacionados con el campo científico.

Desde entonces había transcurrido mucho tiempo. Tres siglos antes no hubiera sido tanto, pero aquel terrible descubrimiento de mediado aquel mismo siglo y que fue la bomba atómica resultaba ya anticuado. Exactamente a cuatro lustros de ella, la Humanidad ni siquiera la nombraba, como no fuera con comentarios de chanzas. Y necesariamente tenía que ser así, puesto que el más modesto estudiante de física tenía conocimientos suficientes para realizar con éxito lo que hombres de responsabilidad científica de entonces habían creído definitivo.

No es de extrañar que a Fred Caron se le antojase mucho el tiempo transcurrido.

Recordaba con emoción los preparativos de aquel vuelo fantástico tanto tiempo soñado y aún relatado con toda clase de pormenores mucho antes de que se llevara a cabo. Diez, hombres fueron designados para tan extraordinario viaje, entre ellos Fred Caron.

La modestia del mayor llegaba en ocasiones a resultar irritante. El había explicado infinidad de veces que jamás llegó a comprender por qué fue él uno de los elegidos, cuando la realidad era que sus conocimientos y pericia como piloto especializado en vuelos de mayor margen que el atmosférico le daban un valor inapreciable para aquella empresa.

Rememoró nombres y su mente iluminó imágenes de hombres ya

desaparecidos. Casi todos ellos habían pertenecido a las fuerzas vivas de la U. S. A. F. y nadie más que él podía hablar de tan colosal hazaña.

Recordó al coronel Friend, aquel hombre de acero, gracias a cuyo valor fue posible el regreso de los seis hombres que quedaban con vida a la hora de iniciar el viaje de vuelta hacia la Tierra; al capitán Barrow, muerto por asfixia a consecuencia de la defectuosa colocación de su escafandra cuando realizaba una excursión de descubierta sobre el paisaje lunar, dos días escasos después de la arribada; a Walt Carneggie y Rock Patterson a quiénes él mismo vio desaparecer, tragados por una horrible sima sin fondo; y a Jonah Pott, sepultado por un alud…

Fred Caron pasó una mano por su rostro en un desesperado intento de alejar aquellos siniestros recuerdos. Había un final trágico para cada uno de los que habían integrado la expedición y el muchacho trató de olvidarlo.

Trató de olvidarlo todo. Con verdadero esfuerzo llevó su imaginación por otros cauces que no fueran los de aquella aventura. Quiso revivir la escena de momentos antes con el teniente Stivell, pero la Luna destacaba con gran fuerza sobre el cielo tachonado de estrellas, ejerciendo su morbosa influencia en el ánimo de Caron.

Volvió a vivir escenas de entonces. Recordó la decepción, públicamente reconocida por todos, al comprobar que la Luna era realmente como se había visto e imaginado. Y Caron podría afirmar que hasta el último momento, pese a toda lógica, todos esperaron hallar algún rastro de vida. Mas la realidad vino a confirmar viejas teorías y hubo de admitirse que ningún ser vivo podía existir allí por sus propios medios y defensas. Desde aquel mismo momento comprendió el entonces capitán Fred Caron que había muerto el romanticismo de la aventura, únicamente la ciencia había salido ganando en conocimientos con ella.

Sus consideraciones se vieron rotas cuando se halló de lleno dentro del alucinante vértigo de la gran ciudad. El tráfico de San Francisco no se prestaba a evoluciones mentales. Necesitó de toda su atención. La alegre despreocupación de un viandante estuvo a punto de ser el origen de una tragedia. Caron consiguió frenar su vehículo casi sobre aquel hombre. Hubo cambio de frases relativas a diferentes opiniones recíprocas acerca del mayor o menor sentido de la responsabilidad, con la inevitable intervención del agente de tráfico urbano. Este último debía de tener una manifiesta preferencia por los peatones, puesto que impuso una sanción a la parte motorizada, pese

a la escandalosa defensa de una anciana, que aseguraba haber presenciado los hechos.

Caron correspondió con un gruñido al respetuoso saludo del agente y guardó de un manotazo el recibo de la multa. Puso el motor en marcha y se alejó de aquel lugar. Su irritación tuvo una muestra viva en el feroz frenazo con que detuvo el aerodinámico «Plymouth» frente al hotel en que se hospedaba. Se apeó, dando tan tremendo portazo al cerrar, que sobresaltó al portero.

El hombre se aproximó, como de costumbre, a recoger las llaves del automóvil por si su propietario deseaba que fuera llevado al garaje.

—¿Va a volver a salir esta noche, señor? —preguntó.

Caron asintió con un enérgico movimiento de cabeza, reprimiendo sus deseos de gritar que únicamente estaba esperando la hora propicia para lanzarse a la calle y atropellar a cuanto peatón pudiese.

Se detuvo unos instantes en el vestíbulo para comprar cigarrillos en máquina automática y luego siguió andando en dirección a uno de los ascensores. Su arrogante marcialidad atrajo las miradas de más de una mujer, pero el mayor Caron no podía captarlo, pues todavía estaba bajo los efectos del contratiempo sufrido momentos antes.

Con gesto huraño fue a colocarse en una de las esquinas del ascensor.

—Piso octavo —dijo.

El ascensorista se sobresaltó como si hubiese escuchando el rugido de un tigre de Bengala tras él, tal fue el tono que empleó el piloto. Pudo oír perfectamente el suspiro de alivio del otro cuando, al llegar a su destino, abandonó el ascensor de paredes de plástico.

Con grandes zancadas caminó por el pasillo central hasta detenerse frente a una puerta. Extrajo un llavín que colocó en la cerradura y empujó. En el mismo instante su olfato se vio impresionado por dos olores distintos. El más intenso era de café y el otro de cigarrillos que alguien estaba fumando en su propio aposento.

Su primer impulso de enojo se convirtió en incertidumbre. Temiendo haberse confundido de habitación, miró los guarismos metálicos de la puerta.

No, no se había equivocado, aquella era su propia habitación. Su

irritación creció hasta un nivel jamás soportado por organismos humanos. Ya era suficiente que escogieran su habitación como fumador, para que, además, tomasen café tranquilamente en ella; café que, con toda seguridad, debía ser suyo.

Pulsó el conmutador de la luz eléctrica al mismo tiempo que cerraba la puerta con fuerza suficiente como para necesitar de las atenciones de un buen carpintero.

Era lo cierto que el mayor Caron no se había entretenido en imaginar qué clase de personaje podía hallarse en el interior de su departamento, pero, de haberlo hecho, con toda seguridad no se le habría figurado un intruso como el que sus ojos estaban contemplando. Es más; ni siquiera se hubiera atrevido a llamarle intruso.

Cerró pausadamente la puerta tras él, y, sin decidirse a seguir avanzando, quedó en pie, fija su mirada en la maravillosa mujer que permanecía recostada indolentemente en el diván de moderna línea funcional.

Caron era sumamente observador y en aquella ocasión no resultaba extraño que explotase hasta el máximo tan peculiar cualidad.

En primer lugar pudo advertir que la desconocida poseía una armonía de líneas que no habían tenido nunca las mujeres que Caron había tratado; en segundo, que, efectivamente, el café que había olfateado al entrar era suyo, al menos lo era la cafetera que descansaba sobre la diminuta mesa del «living».

Y finalmente, volvía a observar que la desconocida seguía conservando su escalofriante armonía de líneas.

Caron salía pronto del estupor. Tenía la vaga impresión de haber exteriorizado su estupefacción con cara da idiota. Por ello, trató de recomponer el gesto y avanzó hacia la mujer.

Ésta era joven y vestía elegantemente un costoso traje negro, más apropiado para una fiesta que para una visita, como parecía ser aquélla. Al otro extremo del sala habla, tirado negligentemente, un valiosísimo visón cuya equivalencia en sueldos produjo escalofríos al piloto.

La muchacha tendió una taza de café al propietario del departamento y le envolvió en una mirada de sus ojos negrísimos, al tiempo que agitaba graciosamente su corta melena, en maravilloso

juego con sus ojos enormes, con gesto de refinada coquetería.

Caron tomó la taza que se le tendía y recorrió la habitación con la mirada.

—Esto resulta bastante acogedor, ¿no? —dijo en el tono más natural.

Pretendía desconcertar a la desconocida.

Movía lentamente la cucharilla dentro de la taza.

—Podría serlo más —respondió ella tranquilamente—. Posee toda la aridez de un piso de soltero. La cama no está muy bien hecha.

—¡Puedo asegurarle que no soy yo quien la hace! —replicó agresivo—. Debería saber que la minuta del hotel es lo bastante elevada como para disponer de un equipo de aseo y limpieza.

—¿Qué me dice del café? ¿Es de su gusto?

El hombre hubo de hacer verdaderos esfuerzos para no explotar.

—Para haberlo hecho una mujer, no está del todo mal —respondió—. Bien, ya va siendo hora de que me explique qué objeto tiene su presencia en mis departamentos. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Ella se incorporó, retirando sus piernas de sobre el diván, con lo que las palpitaciones del corazón de Caron sufrieron un incrementado de aceleración.

—¿He de responder al mismo tiempo a todas sus preguntas?

Hubo un gruñido por respuesta.

—Mi nombre es Sophia Versen. Y el objeto de mi visita es concertar una cita con cierta persona. Comprendo que debía ir a buscarle al aeródromo militar, pero preferí esperarle aquí; resultaba más cómodo.

»Aún recuerdo que la última vez que visité un campamento militar me fue preciso solicitar la protección del jefe del acantonamiento, y no me he atrevido a repetir la experiencia.

—Continuamos igual, únicamente sé que se llama Sophia Versen y que ha decidido esperarme en mis habitaciones en lugar de ir a buscarme al aeropuerto por temor a los pilotos...

—No he dicho que me dieran miedo los pilotos.

—Está bien ¡Pero lo que yo quiero es que me explique qué motiva su presencia aquí! —terminó vociferando.

—Ya se lo he dicho. Vine a concertar una cita.

—Observe que lo hace en el transcurso de la misma.

—He oído hablar favorablemente de usted durante bastante tiempo y creo conocer todas sus cualidades, hasta conozco sus costumbres. Pero no creí que fuera tan fatuo —la muchacha había perdido su ecuanimidad y presencia de ánimo. Estaba francamente irritada—. Quizá el hecho de haber sido del primer grupo que llegó a la Luna le ha ensoberbecido demasiado. No he venido a conquistarle. Es Paul Versen, mi tío, quien tiene especial interés en tratar cierto asunto con usted.

Caron no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Paul Versen? ¿Se refiere al profesor Versen, al proyectista de viajes interplanetarios?

—Así es.

La seca respuesta de Sophia Versen hizo mella en el ánimo del piloto.

—Creo que debo pedirle disculpas por mis palabras de antes. Pero yo no podía suponer…

—No es necesario que se disculpe —dijo ella, poniéndose en pie y recogiendo el visón—. Parte de culpa la tuve yo.

Su rostro se iluminó con una espléndida sonrisa que puso al descubierto los dientes perfectos.

Hubiera sido necio no comprender que daba por terminada la entrevista. Y Caron no cabía duda que lo comprendió, pues tomó a la muchacha por el brazo.

—No irá a marcharse ya, ¿verdad? He aclarado algunos conceptos, pero sigo sin comprender totalmente.

—Bastará con que esté dispuesto a acudir a la cita que le da el profesor Versen.

—Eso no es suficiente.

—Lo es —respondió ella—. Mañana por la mañana vendré a buscarle.

—Parece estar muy segura de que aceptaré. Ni siquiera se le ha ocurrido que tenga que hacer algo más importante.

—Mañana no tiene trabajo. Por otra parte, no creo que tenga que hacer nada más importante que escuchar las proposiciones del profesor Versen.

Sophia se dirigió hacia la puerta. Caron volvió a asirla.

—Diga al menos de qué se trata.

La mujer tenia puesta la mano sobre el tirador y el piloto obstaculizaba la puerta con su humanidad. Estaba tan próximo a ella, que el delicado perfume le embriagaba.

Sophia Versen no demostró la menor turbación. En su lugar, enderezó la corbata militar de Caron, escandalosamente descentrada.

—Tan sólo puedo adelantar que el profesor precisa de un hombre experimentado y audaz.

Caron, que apenas podía centrar su atención en otra cosa que no fueran aquellos .labios deliciosamente maquillados, sucumbió a la tentación. Con la avidez del halcón se inclinó rápidamente para besarlos, pero no halló más que la poco sensible hoja de la puerta, que hábilmente supo interponer la muchacha, escapando al pasillo.

El piloto quedó inmovilizado por la sorpresa.

Volvió a entreabrirse la puerta y apareció el sonriente rostro de Sophia Versen. Había picardía en sus ojos.

—He podido comprobar que, por lo menos, posee usted suficiente audacia —dijo.

Su misma, seguridad fue la que le hizo perder la partida. Creyó que Caron no lo intentaría otra vez y se equivocó, precisamente, en esto.

El joven se apoderó de la manecita con que se apoyaba en la puerta y la atrajo bruscamente hacia él.

Resultó un beso rápido, pero, intenso, dominador.

Los ojos de Sophia Versen relampaguearon amenazadoramente, pero depuso su actitud. Volvió a sonreír.

—Audaz y… terco —dijo—. Creo que le va a gustar al profesor.

Pese a su aspecto risueño, dio un soberbio portazo al marchar.

CAPÍTULO II

El «Pionero»

EL profesor Versen lanzó una última mirada al «Pionero», la astronave en la que llevaba trabajando durante más de dos años.

Años antes, cualquier escritor de aventuras futuristas hubiese dedicado todos sus entusiasmos en describirla como supremo compendio de la aerodinámica. De haber podido contemplar la poco gallarda silueta del «Pionero» habría quedado desolado. ¿Dónde habían quedado aquellas afiladas proas como estiletes, destinadas a abrir las rutas de los astros? ¿Dónde las amplias aletas de estabilización para planear en las posibles atmósferas de otros planetas?

En su lugar, dos vulgaridades geométricas en forma de esferas, unidas entre sí por un pasillo cilíndrico.

El sueño literario de comienzos del siglo veinte se había venido abajo. La pesa de gimnasia resplandeciente que reposaba sobre la superficie lunar en espera de ser elevada hasta el límite de la zona de gravitación de la Luna no era la idea clásica de una nave del espacio.

Mas había que aceptar la real; puesto que no había necesidad de aerodinamismo en una nave que nunca iba a entrar en una atmósfera, por lo cual su diseño era dictado exclusivamente por consideraciones estructurales y de las instalaciones de energía. Como la unidad impulsora violentamente radiactiva tenía que estar tan lejos de las instalaciones como fuera posible, ninguna solución más acomodada y sencilla que las dos esferas y el largo tubo de conexión.

En honor a la verdad había que reconocer que carecía de estética, pero teniendo en cuenta que habría de pasar toda su vida en las profundidades del espacio, esto carecía de importancia.

El profesor Versen estaba realmente satisfecho de su obra, que podía llamar realmente suya. Dentro de unos meses, no más de tres, se podría acometer la fantástica aventura de llegar hasta Marte.

Max Stout se le aproximó.

—Faltan apenas tres minutos para el despegue del cohete que habrá de llevarle a la Estación Experimental Eisenhower.

—Estoy dispuesto, Max.

Prodigiosos saltos les llevaron hasta el cohete, listo para el

disparo.

Versen se despidió precipitadamente. Era evidente que había aleccionado a su ayudante anteriormente. Sabíale capaz de continuar su trabajo.

—Diariamente estaré al habla con usted, Max —recordó Versen —. No olvide radiarme inmediatamente cualquier contratiempo que surja.

—Confíe en mí, profesor.

Versen era un hombre maduro, pero aún conservaba el vigor de una juventud espléndida. Con agilidad pasmosa llegó hasta la cabina, donde impaciente, le esperaba el piloto.

—Despeguemos, Andy —saludó—. Después de un año en estos parajes, siento verdaderos deseos de llegar cuanto antes a nuestra vieja Tierra.

—Nadie lo diría, profesor —respondió el otro—. Por unos instantes he creído que perdíamos la ocasión de despegue. Un minuto más y hubiéramos tenido que esperar quince días.

Mientras hablaba, el piloto no descansaba ni un solo segundo. Al fin cesó de oprimir resortes y comparar agujas indicadoras.

—¿Preparado, profesor? Va a sobrevenir el disparo.

El aludido ciñó el cinturón de seguridad que le ligaba al sillón basculante.

Simultáneamente desapareció la presión y se escuchó la atronadora explosión de los cohetes impulsores.

Versen, pese a su media docena de viajes en aerocohetes, no pudo evitar la angustiosa sensación de náuseas. La postración duró exactamente quince minutos.

En el preciso momento en que tornaba en sí, el piloto del cohete se desprendía de sus trabas.

—¿Cómo va eso, profesor?

Versen hizo un gesto ambiguo. El otro comprendió que lo peor había pasado.

—Estamos a escasa distancia del punto en que debemos abandonar el lastre de los tanques vacíos. Si quiere presenciar el

desprendimiento puede asomarse a la escotilla.

El profesor obedeció, colocándose en el lugar que le indicara el piloto. Desde allí no podía ver completamente el fuselaje ni mucho menos la parte inferior que debía abandonar.

—¡Ahora! —avisó Andy.

Versen se inclinó cuanto le era posible. De momento no pudo ver nada, pero luego divisó la sección cilíndrica del cohete, que daba la impresión de separarse lentamente; repentinamente pareció cobrar una velocidad diabólica, perdiéndose a lo lejos, como si se alejara, cuando en realidad estaba cayendo hacia la superficie de la Luna.

—Menos peso y mayor velocidad —pensó el profesor—. Pero supone un terrible gasto. Si el «Pionero» responde satisfactoriamente, se habrán reducido los viajes interplanetarios en un cincuenta por ciento de su coste; tanto por ciento que será mayor conforme los viajes sean más largos. Esperemos que así sea.

Asiéndose cautelosamente llegó hasta la litera acomodándola para permanecer tendido. Quedaban aún muchas horas de viaje.

Su pensamiento voló hacia la Tierra, adelantándose al cohete.

Dos nombres acudieron a su mente: Sophia y Caron.

Confiaba plenamente en que su sobrina habría cumplido a la perfección lo que le encomendara. Tenía las suficientes pruebas de su talento para concederle aquel margen de seguridad.

Si el ser una eminencia física, fuera poco, unía a sus vastos conocimientos dones que una naturaleza pródiga le otorgara.

—Apostaría el éxito del viaje —pensó— a que ese muchacho viene con nosotros a Marte, o al infierno. Bien por el interés que la expedición puede despertar en él, o, necesariamente, por la influencia de Sophia. Pero vendrá. No quisiera decir que sin él no podríamos llegar hasta Marte, pero su experiencia habrá de servirnos de mucho.

Había silencio en el interior del cohete, viéndose turbado a intervalos por pequeños ruidos debidos a la contracción térmica de los motores, que se enfriaban, ahora, rápidamente, después de haberse visto sometidos a terrible temperatura.

Andy, el piloto, le hizo una seña y dijo:

—Todo está en regla, y el piloto automático funciona sin el menor

fallo. Voy a descabezar un sueñecito.

Versen le vio abandonar su sitio frente al cuadro de mandos y desplazarse por la cabina, asiéndose a los pasamanos y cuantos objetos permitían apoyarse en ellos.

Andy abrió un cajón y extrajo un cuaderno que quedó flotando en el aire el tiempo invertido por el piloto en buscar un lápiz y cerrar de nuevo el cajón. Escribió unas notas y repitió la operación en sentido inverso. Nuevamente regresó a su asiento por el mismo procedimiento y recostó su cabeza sobre un dispositivo apropiado, decidido a realizar lo que prometiera.

Versen, sabedor de que ningún peligro que pudiera evitarse les acechaba, creyó lo más conveniente imitar a su compañero de viaje.

Se despertó con sobresalto ante la terrible insistencia de un poderoso timbre, cuyas vibraciones parecían llenar la cabina.

Sabía sobradamente el significado de los timbrazos, pero no pudo evitar el preguntar:

—¿Qué sucede?

—El piloto automático avisa que falta una hora escasa para nuestro contacto con el satélite Eisenhower.

El hombre hablaba con la naturalidad de quien está acostumbrado. Con una lentitud que hubiera exasperado a quien viajara por primera vez, comenzó a revisar sus instrumentos.

Versen no pudo sustraerse a la curiosidad. Torpemente se deslizó hacia el ventanal circular.

La Tierra estaba allá abajo. El hecho de que no pudiera contemplarla en su totalidad hacía que su tamaño pareciese aún mayor. Permaneció largo tiempo en muda contemplación, hasta que se vio distraído por la voz del piloto. Éste comunicaba con su base en el Planeta, recibiendo órdenes y transmitiendo datos. Esta mutua confrontación, con los consiguientes y necesarios cortes, consumió veinte largos minutos.

Al final de la larga conferencia, Versen comenzaba a observar detalles del mundo que giraba bajo sus plantas. Diez minutos más tarde podía distinguir con relativa facilidad el casquete helado del Polo Norte.

Por un momento creyó que iban a posarse directamente sobre

ella. Pero inmediatamente pudo distinguir al satélite artificial Eisenhower, que avanzaba hacia ellos, girando siempre alrededor de la Tierra, a una velocidad que al observador se le antojó fantástica.

Sabía Versen que, desde hacía algún tiempo, estaban siendo atraídos y dirigidos hacia el satélite por sus poderosas emisiones de ondas, y en breve plazo serían «atrapados» por él. Estaba deseoso de presenciar la portentosa maniobra.

De pronto pareció que la punta de flecha en que volaban iba a encontrarse violentamente con el satélite. Instintivamente, Versen se echó hacia atrás. En el mismo momento escuchó la voz de Andy:

—¡Ya está! —exclamó—. Hemos finalizado nuestro viaje.

Había sucedido todo tan rápidamente, que Versen no tuvo tiempo de darse cuenta de ello. Se asomó de nuevo y pudo ver uno de los brazos extensibles que sujetaban al cohete y que, lentamente, lo atraía hacia el satélite.

También pudo ver la enorme esclusa que se había abierto para recibir a la punta de flecha en que ellos viajaban.

La maniobra resultó relativamente breve, y Versen, siempre observando por la escotilla, pudo ver parte del grandioso hueco en que estaban penetrando. De improviso se hizo la obscuridad más absoluta en el exterior; Andy atendía al aparato transmisor de señales.

Versen comprendió que estaban ya en el seno del satélite Eisenhower y que la oscuridad obedecía al hecho de haber sido cerrado el panel exterior.

Se aproximó al piloto.

—Dentro de poco podremos abandonar el cohete —dijo éste, sin levantar la vista—. El que ha de llevarle a la Tierra ya está esperándole, según acaban de informarme.

Hizo un signo con la mano para que el profesor guardara silencio, escuchando atento las instrucciones que debían estar dándole. Poco después apagó cuantas luces brillaban en el salpicadero y abandonó su posición con grotescos movimientos, debidos a la escasa gravedad. Algunos objetos de su atuendo quedaron flotando cuando se despojó de ellos, descendiendo imperceptiblemente.

—Vamos —dijo—. Podemos abandonar nuestro vehículo.

Pese a haber cierta gravedad, era tan escasa que resultaba

inapreciable.

Andy descorrió el portalón hermético. Versen quedó cegado por la brillante iluminación. Allá abajo había algunos hombres, aunque la expresión resultase impropia.

El piloto dio un pequeño salto hasta apoyarse en el marco de la escotilla. Desde allí, con una ligera contracción muscular, se proyectó hacia el fondo. Versen le imitó.

El contacto con el piso metálico no pudo ser más suave.

En el acto se vio rodeado por personas que le hacían múltiples preguntas, sin que él supiera cómo y a quién responder. A algunos de ellos los conocía de otras veces. La ayuda de Andy resultó valiosa en aquella ocasión.

Algo más tarde se encontraba en el despacho de Mr. Woolsey, director del satélite. Tras cambiar saludos y cumplir requisitos del protocolario formulismo, fue guiado hasta el segundo cohete o punta de flecha en que debía realizar la última etapa de su viaje.

Éste habría de durar tan sólo unas horas y Versen estaba impaciente por llegar. Quiso atribuir su ansiedad a varios motivos, pero, en realidad, quería saber si Sophia había podido cumplir su cometido. Estaba seguro, pero sentía cierta comezón por conocer personalmente a aquel hombre que había formado parte de la primera expedición terrestre a la Luna. Creía firmemente que su experiencia y conocimientos habrían de ser de máxima utilidad a la empresa que se proponía llevar a cabo.

Versen creyó ver disminuida su tensión nerviosa cuando el cohete que le trajera desde el Eisenhower comenzaba los preparativos para el aterrizaje. Dos cortas alas en «uve» brotaren de su interior y los reactores-freno entraron en juego con un atronador rugido.

A tres mil metros sobre la superficie helada de uno de los puntos más septentrionales de Alaska, la punta de flecha alcanzó la horizontal, volando como cualquier avión normal, pero a la escalofriante velocidad de tres mil kilómetros por hora. Se niveló varias veces hasta situarse en cierto lugar, desde el que comenzó a descender de popa.

El contacto contra el hielo, aunque brusco, resultó magnífico.

Versen, recién nacido a una gravedad que había desconocido durante tanto tiempo, se asomó al exterior. Pudo ver dos vehículos

deslizantes que se aproximaban velozmente.

Se apartó de su lugar de observación y descendió por una escalerilla hasta una plataforma inferior. El piloto, desde arriba, descorrió la puerta hermética. Una fuerte ráfaga de aire cruelmente frío mordió su rostro.

Se tapó aún mejor con la capucha de algodón plástico que remataba su recia casaca térmica.

Desplazando torpemente sus pesadas botas calefaccionadas, descendió por la breve escalerilla. Con un atrevido salto llegó hasta el hielo, cubierto por la generosa blandura de una nevada reciente.

Los deslizadores se detuvieron a algunos metros de distancia, y Versen corrió hacia el menor de ellos, agitando sus enguantadas manos para impedir que el intenso frío obstaculizase la normal circulación de la sangre.

Desde el interior del vehículo, algunos brazos se ofrecieron para ayudarle a subir.

La temperatura era agradable dentro de él. Alguien le ofreció una botella de «whisky», mientras Versen comprobaba que el vehículo se ponía de nuevo en marcha, rehaciendo el camino recorrido anteriormente.

Después de un generoso trago devolvió la botella a su dueño y, acto seguido, la conversación se generalizó.

Allá atrás quedaban el cohete y el segundo vehículo. Una poderosa grúa portada por éste elevó su brazo extensible para colocar a aquél en posición favorable para ser remolcado hasta la Base Interplanetaria.

CAPÍTULO III

La Decisión De Caron

FRED CARON se detuvo ante el puesto de revistas y periódicos, meta de su cuadragésimo desplazamiento a través de la amplia sala del aeropuerto de Washington.

El empleado que atendía el negocio se aproximó con gesto de fastidio, interrogando con la mirada.

—Cigarrillos —explicó Caron.

La lacónica demanda del aviador pareció abatir al hombre. Se llevó las manos a las sienes con desesperación.

—Oiga —respondió, dando terrible énfasis a sus palabras y avanzando medio cuerpo sobre el mostrador—, no sé si es que está nervioso o pretende volverme loco. De todos modos, y por última vez, ahí tiene el expendedor automático.

—Es que… no tengo suelto —casi gritó al probo empleado.

Para dar fe de sus palabras introdujo la mano derecha en un bolsillo que al dejar un billete sobre el mostrador, hizo que cayeron monedas suficientes para bloquear la máquina de los cigarrillos durante algunos minutos.

Una femenina mano, calzada con negro guante, se posó en el brazo de Caron. Sophia Versen tomó una de las monedas y arrastró al muchacho.

Un agente uniformado se paró ante el puesto. Debía conocer al hombre que lo regentaba.

—¿Qué tal, Charlie? —saludó.

Charlie se rascó su esplendente calva de modo poco académico.

—¿Qué quieres que te diga? —respondió. Al hacerlo señaló a la pareja que se alejaba—. Si no llega pronto el avión que espera ese tipo, se volverá tan loco como él. Figúrate que ha venido cuatro veces a pedirme cigarrillos, sabiendo que yo no los vendo. Y es el caso que debe comérselos, porque en menos de un cuarto de hora ha comprado tres paquetes…

Sophia introdujo el níquel por la ranura y tiró de la manivela. Tomó el paquete de cigarrillos y lo tendió a Caron.

—Parece usted nervioso, Caron —dijo.

—No sé qué motivos pueden impulsarla a creer en ello.

—Quizá no se haya dado cuenta, pero está llamando la atención.

—¿Ya?

—Venga; nos sentaremos en aquel ventanal. El avión del profesor no tardará gran cosa en llegar.

Caron obedeció de mala gana. Al sentarse, su mirada, se cruzó con la del vendedor de revistas. El aviador hizo ademán de levantarse de nuevo.

—Voy a estrellarle la nariz a ese tipo impertinente, como siga mirándome de ese modo —exclamó.

—¡Por Dios! —pidió Sophia—. Déjelo ya en paz. El pobre hombre va a creer que no está usted en sus cabales...

Los altavoces instalados en el vestíbulo dieron la noticia del inminente aterrizaje de un avión. Sophia se puso en pie de un salto.

—Ese es el nuestro —dijo—. Vamos.

Caron se levantó con desgana. Su excitación nerviosa había dejado paso a la apatía. La noche anterior se había repetido miles de veces que no le interesaba lo más mínimo conocer al profesor Versen, ni los proyectos del mismo. No precisaba ser un lince para comprender que estaban relacionados con algún viaje interastral. Pero se había jurado a sí mismo no volver a emprender ninguno. El recuerdo del trágico fin de cuantos formaron la primera expedición le había impresionado lo suficiente. No era miedo, que él jamás lo había conocido, sino un tributo de extraña fidelidad a la memoria de aquellos hombres. Una de esas pueriles determinaciones que inexplicablemente se adoptan.

Pero había algo en el fondo del asunto que le atraía con irresistible fuerza. Había forjado docenas de convincentes argumentos para creer que no era la fuerte personalidad de Sophia Versen.

Pese a todo ello, al día siguiente, cuando la sobrina del profesor se personó en el hotel, no supo esgrimir ninguna de aquellas poderosas argumentaciones. Tres horas más tarde descendían del avión supersónico que les había llevado hasta Washington.

Como un autómata siguió a la muchacha a través de la sala.

Los pasajeros del reactor cuya llegada anunciaran los altavoces, venían ya hacia las edificaciones del aeropuerto.

Sophia echó a correr para arrojarse en los brazos de un hombre maduro, como de unos cincuenta años. Caron supuso fundadamente que aquél debía ser el profesor Versen. No le conocía personalmente, si bien oyó hablar mucho de él. El aviador le contempló con curiosidad. A pesar de sus años se conservaba en espléndida forma y apenas si algunas canas destacaban sobre su cabello negro. Desde el primer momento le conceptuó como un hombre de ciencia.

No pudo dilatar más sus observaciones, pues tío y sobrina habían llegado junto a él y se iniciaban las presentaciones.

—Señor Caron, le presento al profesor Paul Versen —dijo Sophia —. Éste es el comandante Caron.

—Pronto, coronel —añadió Versen, tendiendo su mano al joven, que no pudo evitar un gesto de extrañeza.

—He oído hablar mucho de usted, profesor —dijo, casi sin entonación.

—También yo, de usted. Y puedo decir que magníficamente.

—Perdone mi indiscreción, pero... dijo usted algo antes que no he podido comprender.

—¡Ah, lo de su próximo ascenso! —rio Versen—. Ya le he dicho que también yo sé mucho de usted. Pero, ya que he sido yo quien le ha dado la cita, me permitirá que le lleve a algún sitio donde poder charlar con más tranquilidad. ¿Vamos?

Caron no supo siquiera lo que respondió. Se vio caminando entre la pareja, llevando colgada de su brazo izquierdo a la turbadora muchacha, mientras el científico le asía por el otro.

Un taxi los llevó hasta el hotel en que pensaba hospedarse el profesor. Una vez en sus habitaciones, el profesor dijo:

—Ustedes sabrán disculpar mi ausencia durante algunos minutos. Mi cuerpo exige brutalmente un baño de agua tibia. Confío en que mi sobrina sabrá hacerle breve la espera. Sophia, encarga algo para beber.

Caron intentó decir algo, pero ya el profesor había desaparecido del cuarto. Se revolvió furioso hacia la muchacha:

—Parece ser que yo no cuento en todo esto —farfulló—. ¿Qué es lo que se propone su tío? Podía haberme dicho algo de lo que quiere de mí. Al menos podría haberlo hecho usted. ¿De verdad que les parece tan extraño que yo tenga otras cosas que hacer que esperar a que ustedes se dignen decirme algo en concreto?

—No se lo tome así. Dentro de unos instantes sabrá lo que quiere. Se trata tan sólo de unos minutos.

Caron respondió con un bufido y se dejó caer literalmente sobre un acogedor diván.

Sonaron unos golpes en la puerta y poco después entraba un muchacho con las bebidas pedidas por Sophia.

—¿Qué desea beber? —preguntó la mujer.

—Cualquier cosa.

—Cualquier cosa, ¿puede ser un «whisky»?

—Sí, si lo es doble.

Hubo silencio mientras ella manejaba las botellas y los vasos. Caron volvió a la carga;

—Parece que el profesor está muy seguro de que me va a convencer.

Sophia se aproximó con la mesita rodante.

—No sé a qué se refiere, pero es cierto que el profesor no acomete una empresa si no está seguro del éxito.

—¡Sabe que tanta seguridad comienza a fastidiarme! —casi gritó.

—¿Solo, o con soda?

—¡Póngale diablos encadenados!

Sophia le dio el vaso y, sin soltar el suyo, se acomodó a su lado.

—Es usted excesivamente temperamental.

Fred Caron creyó llegado el momento de estallar, mas la oportuna aparición del profesor le distrajo.

El recién llegado tomó su vaso de la mesita y se acomodó en una butaca frente a los jóvenes.

—Comprendo que tendrá verdaderos deseos de saber lo que quiero decirle.

—Ansias homicidas —pensó Caron.

—Si me conoce —siguió diciendo el profesor— sabrá cuáles son mis actividades. Pero, para ser más explícito e ir directamente al fondo de la cuestión, le diré que me propongo llegar hasta Marte.

Guardó una pausa para observar la reacción del piloto. Caron estaba ya prevenido para algo así, por lo que ni siquiera pestañeó.

—No es usted el único que abriga tal pretensión —respondió.

—Quisiera convencerle de que lo mío es algo más que una pretensión. Creo haber logrado la astronave capaz de llegar hasta el destino propuesto. Todo está casi concluido. El vehículo interastral estará listo dentro de tres meses, a lo sumo. Tenemos casi toda la tripulación —aquel «casi» alarmó a Caron—. Y tenemos también un noventa y nueve por ciento de probabilidades de llegar hasta Marte. Nada nos impide despegar hacia nuestro objetivo, pero quiero la asistencia de un hombre experimentado. De lo que usted decida esta noche dependerá que siga buscándolo.

Caron pareció hallarse sentado sobre un nido de comejenes. Cambió su vaso de mano varias veces. No podía eludir la alusión.

—Si realmente busca un hombre experimentado, no es necesario que se dirija a mí. Hay centenares que realizan vuelos a la Luna.

—Creo que no me ha entendido. Es usted el único superviviente de la expedición del coronel Friend y posee una experiencia de preciosa importancia para nuestra empresa.

—¿Qué clase de experiencia? —rebatió rápidamente Caron, que, a su pesar, experimentaba dentro de sí la comezón de un espíritu aventurero, dispuesto siempre a emprender lo difícil—. Únicamente puedo decir que estuve en la Luna. Ahora se trata de otra cosa bien distinta.

—Tan distinta como tres horas antes de emprender el primer vuelo hacia la Luna cuando nada se sabía realmente de ella.

Caron parecía un niño, revolviéndose en el sofá. Quizá podía leerse en sus ojos que estaba deseando decir al profesor que contara con él, pero el recuerdo de los hombres a quienes acompañó en aquel trágico viaje…

Sophia se había levantado y, sin dejar su vaso, fue hasta un pequeño aparato radio televisor. En silencio buscó alguna estación que radiara música. Conseguido su propósito, se dejó caer lánguidamente sobre el brazo de una butaca próxima al receptor. Sus largas y bien torneadas piernas se balancearon al compás de la música. Caron observó por el rabillo del ojo.

Paul Versen pareció dispuesto a hablar de nuevo y ya había pronunciado algunas palabras, cuando cesó el programa de bailables para dar paso a la voz del locutor de un boletín de noticias de última hora:

—*...interrumpimos nuestro programa para dar a ustedes una sensacional noticia. Según una nota facilitada por la policía federal, el sabio Samuel Henskel ha desaparecido de su domicilio particular en circunstancias misteriosas. Al parecer, Henskel, especializado en estudios termonucleares, ha sido raptado. Esta mañana se halló el cadáver mutilado de su esposa a pocos metros del lecho. Las puertas habían sido forzadas de modo brutal. La policía relaciona ambos crímenes con la muerte de uno de los guardianes del Laboratorio Spencer, propiedad del Gobierno, situado en el sur de Florida, y cuyo cadáver, hallado próximo a la carretera de Miami, presenta heridas de características similares a las de la señora Henskel. La policía prosigue en sus indagaciones. Pero, debido a que el desaparecido profesor Henskel pertenecía al Cuerpo de científicos adscritos al Gobierno, es muy probable que el F. B. I. tome cartas en el asunto. Hasta disponer de nuevas noticias que ofrecer a nuestros oyentes, reanudamos nuestra emisión de ritmos de Cuba. Escucharán a continuación...*

La voz cesó de pronto al cerrar Sophia el conmutador. Caron se recuperó. Sin saber por qué, había atendido con interés. Observó el rostro grave de Versen.

—Resulta extraño —comentó.

Su interlocutor no le miró. Cruzó su mirada con la de Sophia antes de responder con tono cansado:

—Demasiado. Henskel era un buen amigo mío. Más que eso, ha colaborado de modo decisivo en la construcción del «Pionero». Él ideó su sistema de propulsión.

—¿Quién cree que puede haberle raptado? —preguntó Caron—. El proyecto de llegar a Marte no debe ser conocido.

—Se lleva dentro del mayor secreto. No sé; estoy realmente, preocupado.

En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta. Sophia se adelantó para franquear el paso al que llamaba. Versen se puso en pie, y Caron supo quién era antes de verle, por las palabras del profesor.

—¡Bienvenido, general Simpson!

Caron se puso en pie violentamente, cuadrándose.

—Bienvenido usted, profesor —respondió alegremente el general al estrechar su mano.

La mirada de águila real se detuvo unos instantes sobre el piloto. Versen se apercibió inmediatamente.

—¡Ah, general! Le presento al mayor Caron. El hombre de quien le hablé.

El militar tendió su mano en silencio. Obedeciendo a la indicación del anfitrión, se sentaron todos nuevamente. El recién llegado recibió un vaso de licor, de manos de Sophia, a quien obsequió con una amplia sonrisa.

Ante el asombro de Caron, todos parecieron ignorarle. Versen parecía verdaderamente obsesionado por la desaparición de Henskel.

—Acabamos de escuchar la noticia del rapto de Henskel —dijo el científico—. Pero la noticia es escueta y sin detalles. ¿Qué dice el Pentágono?

—El asunto parece mucho más grave de lo que resulta a primera vista. Hay detalles que no pueden ser revelados en público —explicó el general—. El asesinato del guardián de los Laboratorios Spencer está íntimamente relacionado con el rapto de Henskel y la muerte de su esposa.

»Es realmente curiosa esta coincidencia con la de señales de extraños aparatos voladores de características desconocidas. Hoy las gentes ya conceden escasa importancia a las apariciones de los comúnmente llamados «platillos y cigarros voladores». La constante renovación de nuestros modelos aeronáuticos contribuye a ello. Pero hace un mes el satélite automático Roosevelt detectó la presencia en nuestra atmósfera de tres máquinas voladoras extrañas. No pudo darse con ellas y perdimos todo rastro. A partir de esa fecha se han registrado apariciones de naves aéreas desconocidas por su estructura y características. La más sensacional es la versión del capitán del navío mercante noruego «Kraas», que asegura haber visto sumergiese uno de estos platillos en el mar Mediterráneo, a la altura de la ciudad

de Barcelona. Dice que la operación fue lo bastante lenta como para convencerse de que no era una alucinación. Este relato se vio confirmado por el hecho de que en la misma fecha se observó el paso de uno de estos artefactos sobre Lisboa, Tánger y Málaga.

»Esto preocupa al Gobierno, en dos sentidos. Por un lado, se teme que alguna potencia se esté preparando para una agresión. Poseedora de tan fantásticas armas, sería una terrible amenaza, por otro, no se descarta jamás la posibilidad de que estas aeronaves procedan de otro planeta.

»Considerando esto último, el Gobierno me ha transmitido órdenes en el sentido de que el despegue del «Pionero» se lleve a cabo lo antes posible.

Estas últimas palabras encerraban una tácita pregunta. Versen apuró de un sorbo el resto de su licor.

—Había calculado que el «Pionero» pudiera estar listo para antes de tres meses... — dijo.

—Eso es demasiado tiempo, Versen.

—Tenga en cuenta que no se trata de cruzar el Atlántico. No se puede descuidar el menor detalle.

—Tendrá toda la ayuda económica y técnica que precise.

El científico miró a todos, deteniendo su mirada especialmente en Caron. Éste volvió a sentirse importante. Conocía ahora la magnitud de la empresa y la importancia que para la Historia del Mundo podía tener.

La vez de Versen pareció sorprenderle.

—Bien. Despegaremos dentro de un mes. Afortunadamente he completado mi tripulación esta noche. El mayor Caron ha aceptado el mando del «Pionero»...

El piloto no pudo evitar un respingo. Miró con expresión infantilmente ceñuda al profesor Versen, pero ya éste ni siquiera le miraba. Tampoco Sophia parecía estar enterada de su presencia en la habitación.

—...Espero que usted sabrá como resolver los trámites de su desmovilización como elemento activo en las Fuerzas Aéreas. Queda por resolver quién será el ayudante del mayor Caron, aunque, tal vez, él mismo quiera designarlo. ¿Qué responde, mayor?

—El teniente Stivell puede servir. Es un miembro de mi escuadrilla.

—¿Persona experimentada? —preguntó el general, dirigiéndose directamente a él por primera vez.

—Pues… no es un piloto famoso, si es eso lo que quiere decir. Pero tengo plena confianza en él. Un muchacho despierto a quien apasionan los viajes interplanetarios, con mucha teórica que puede ser aprovechada.

—Su nombre completo es…

—Andy Stivell Madison.

—¿El hijo del senador?

—Creo que sí.

—Tal vez a su padre no le entusiasme la idea del viaje de su hijo. Es el único que tiene, y probablemente se opondrá.

—Andy es mayor de edad y algo terco por añadidura —al decir esto miró a Sophia, quien no pudo evitar una sonrisa.

El general también sonrió, aunque, naturalmente, por causa bien distinta.

CAPÍTULO IV

Objetivo: Marte

CARON apenas podía explicarse de qué modo había transcurrido el tiempo desde aquella noche en que Versen le hiciera aceptar el mando del «Pionero». Diez días después de aquella conversación, casi la totalidad de la dotación de la astronave se concentraba en la base de Alaska. El resto trabajaba ya en la Luna. Andy Stivell continuaba tan sorprendido como el día que se le comunicó la noticia; su entusiasmo era tanto, que ni la autoridad paterna, sazonada con halagos, súplicas y amenazas, había podido disuadirle de acometer aquella estupenda aventura.

No se le ocultaba que debía tal oportunidad a la influencia del mayor Caron.

Desde el primer momento se dedicaron al conocimiento de la astronave. Aquel maravilloso ingenio era capaz de llegar por sí solo hasta Marte, al decir de quienes intervinieron en su construcción. Pese a que todos los mandos eran automáticos, había mucho que aprender, y nadie desperdició el tiempo.

Caron tenía la ventaja de su experiencia.

Y transcurrió el tiempo. El plazo de un mes que prometiera Versen se vio incrementado por quince días más, al cabo de los cuales el «Pionero» estaba listo para emprender su fantástico viaje. Hubo una pequeña recepción para festejarlo y no faltaron regalos.

El de Caron consistió en un flamante título de coronel, como vaticinara Versen tiempo atrás.

Faltando veinticuatro horas para la iniciación del viaje, el «Pionero» quedó dispuesto, con toda su tripulación a bordo.

* * *

Muy temprano comenzaron los preparativos al día siguiente. Todo el mundo tenía algo que hacer; generalmente, maniobras que se habían repetido centenares de veces.

Caron se tropezó en uno de los abundantes pasillos de la astronave con Sophia Versen. Hacía algún tiempo que su trabajo le impedía cambiar alguna palabra con ella.

—¿Dispuesto?

—Lo estoy desde la noche que la familia Versen hizo uso generoso de mi voluntad —respondió Caron riendo.

—¿Es que le disgusta el viaje? Debe resultar impresionante permanecer durante tres meses viajando por el vacío.

—Si la veo de vez en cuando, no me importaría que el viaje durara otros tres más.

La entrevista no pudo prolongarse por más tiempo. En la cabina de mando se recabó la presencia de Caron.

Una hora antes del despegue la inactividad se hizo manifiesta en el interior de la astronave. Finalizados los trabajos preparatorios, el cuerpo humano se resistía a soportar la terrible tensión nerviosa.

Quince minutos antes de la hora señalada se reanudó la actividad.

Realmente comenzaba ahora el trabajo para quienes quedaban en la base de la Luna. El «Pionero» había de ser elevado por cuatro cohetes adicionales.

El momento llegó de modo imprevisto. Se dio el alerta, se consumieron los últimos segundos y, ¡por fin!: el momento cero.

Un trueno sordo, de enorme intensidad, siguió a éste. Veinte minutos eran los calculados para llegar al punto en que se pondrían en juego los motores atómicos, verdaderos impulsores del «Pionero».

Caron, frente al salpicadero, acusó los efectos del fuerte despegue. Afortunadamente, pronto «morirían» los cohetes de combustión química.

Transcurrido el tiempo necesario, una luz verde se encendió en un piloto del salpicadero.

Ante la mirada expectante de cuantos ocupaban con él el puesto de mando Caron oprimió el botón que ponía en marcha los motores atómicos.

Muy suavemente algo pareció sujetar al aviador y le hizo resbalar hacia abajo a lo largo de la curvatura de su sitial, hasta donde le permitieron las correas de sujección.

Otro trueno distante y atenuado, que habría de acompañarles durante-todo el viaje, reemplazó al de los cohetes.

A ambos lados, en las esferas que remataban la estructura del

«Pionero» en aquel mundo misterioso y prohibido de átomos y máquinas automáticas en que ningún hombre podría jamás entrar y seguir viviendo, se desarrollaban las mismas fuerzas de las estrellas. Sin embargo, no existía la brutal aceleración de los cohetes de propulsión química. El «Pionero» tenía espacio más que sobrado donde maniobrar. Podía tardar cuanto tiempo quisiese en liberarse de su actual órbita, antes de que llegase el momento en que lentamente habría de pasar a la hipérbola que le llevaría a Marte.

La astronave tenía ahora una aceleración quizá no mayor que un décimo de la gravedad. Esto era debido a que las unidades de propulsión atómica operan a temperaturas tan enormes que solamente pueden ser empleadas a escaso poder. Pero a diferencia de los cohetes, podía mantener su impulso durante muchas horas.

Pasados los primeros instantes, un inexplicable júbilo se apoderó de los astronautas. Los once componentes de la tripulación expresaban su entusiasmo de modo dispar. Nadie sabía a ciencia cierta por qué gritaba o lloraba.

Abandonaron sus puestos y navegaron por el pequeño mundo sin gravedad.

El profesor Versen comprendió prontamente lo que sucedía. Aquella euforia era producida por el excesivo oxígeno en la atmósfera acondicionada. Aquella anormalidad fue prontamente subsanada y progresivamente renació la calma.

Inmediatamente, se emprendió el trabajo. Repasos, ajustes de máquinas automáticas autónomas, control riguroso de indicadores y complicadas operaciones de cálculo.

El «Pionero» respondía maravillosamente a la fe prestada a su rendimiento.

Una hora más tarde se comprobaba que la trayectoria seguida por la maravillosa astronave era la fijada de antemano.

El profesor Versen llamó la atención de todos. Resultaba un espectáculo propio de la mente de un orate, ver a los hombres apoyados en cualquier lugar de la estructura de la cabina. Durante tres largos meses no habría «arriba» y «abajo», o «techo» y «suelo». Con la total desaparición de la fuerza de la gravedad, faltaron también, aunque temporalmente, tales puntos de referencia.

Los aisladores de sonido habían logrado sofocar el lejano rugido de los motores atómicos, y la voz del profesor pudo llegar hasta todos,

toda vez que lo reducido de la estancia contribuía a no obstaculizar este hecho.

—¡Atención, amigos! ¡Estamos en el camino exacto hacia Marte! Deseo dar las gracias a todos por el esfuerzo en colaborar en esta empresa. Creo que todos compartís la alegría de comprender que nuestro trabajo está dando el fruto y resultado deseados. Por mi parte, no puedo ocultar mi envanecimiento. He consagrado gran parte de mi vida al «Pionero» y a lograr que fuese un hecho el que el ser humano llegase hasta las estrellas. Este viaje, que no dudo será histórico, no significa el fin, sino el principio. Si el éxito acompaña a nuestro propósito, estaremos más cerca que nunca de llegar hasta las más distantes galaxias.

Hizo una pausa, que invirtió en recorrer con la vista los rostros de quienes le rodeaban.

—Y eso es todo —prosiguió—. No era mi intención dirigirles una arenga. Estamos en vías de cumplir la misión que se nos ha encomendado. Creo que únicamente el designio de Dios evitará que en el corto plazo de tres meses arribemos a Marte.

Un coro de aclamaciones respondió a las palabras del científico.

Quedaba ahora un lapso de tiempo de práctica ociosidad. Se formaron algunos grupos.

Caron buscó instintivamente con la mirada a la bella Sophia. Estaba junto a la lumbrera, contemplando el espacio. Con un ligero impulso de sus músculos, el joven llegó hasta ella.

La muchacha pareció darle la bienvenida con una luminosa mirada. Quedaron mudos, absortos en la contemplación del maravilloso espectáculo.

Podían ver media Luna como es posible desde la Tierra. Una media Luna grande y delgada, con mucho demasiado grande para que la vista pudiera abarcarla de golpe.

Era casi imperceptible el alejamiento, pero ambos sabían que el «Pionero» se proyectaba ya a terrible velocidad hacia su destino.

Al cabo de algún tiempo, fue posible ver la Tierra desde aquel observatorio.

—Ahí dejamos toda nuestra vida pasada —dijo Sophia, rompiendo el silencio.

—Cierto —contestó Fred—. Ningún explorador al abandonar su tierra nativa dejó tanto tras de sí como nosotros ahora. Todo queda allá.

Sophia abandonó el mirador, seguida de Caron.

—¿Aún está arrepentido de su viaje, Fred?

—Si me ha de permitir estar más tiempo a su lado, no. Creo habérselo dicho ya antes.

—Por favor, Fred. Sería conveniente que me tratara como a un compañero más.

—Por ejemplo; como a Thomas Grunne, ¿no?

Grunne era un gigantón de espesa barba negra, totalmente calvo. La naturaleza, poco pródiga con él en cuanto a dones físicos, le había dotado, no obstante, de una inteligencia maravillosa. Se decía que lo que no supiera Grunne de electrónica aún no se había descubierto. A la sazón estaba ocupado en una acalorada discusión con Ed Benson, el genio matemático y ajeno por completo a la alusión de Caron.

Sophia rio deliciosamente.

—No. Creo que no —dijo—. Supongo que se resentiría mi vanidad femenina.

El tiempo fue transcurriendo. Al fin se dio la señal para hacer una comida. Las viandas concentradas fueron preparadas por Sophia y la profesora Alice Forsyte —el otro representante femenino de la expedición, mujer de aspecto desaliñado, provista de enormes gafas de concha que cabalgaban violentamente sobre una gran nariz ganchuda — especialista en Biología.

Caron observó que había perdido parte de su habitual apetito. Otro tanto sucedía con el resto de la tripulación. El fenómeno se debía al poco desgaste de energías y fácil trabajo de los músculos.

* * *

Había transcurrido un mes de navegación sin que nada alterara la ruta del «Pionero», únicamente, en una ocasión, cruzó junto a la espacionave un meteorito; mas resultó todo tan rápido que no supieron del peligro hasta que éste hubo pasado. Naturalmente, este suceso fue comentado durante mucho tiempo, ya que era lo único que había venido a turbar la monotonía del largo viaje.

Periódicamente había una comunicación con la Luna, aunque rutinaria.

La inactividad enervaba por lo prolongada.

Se habían formado grupos definidos según sus especialidades. Como es lógico, Caron permanecía casi todo el tiempo junto a Sophia y también Stivell y la huesuda miss Forsyte que con sus buenos cincuenta años parecía haber olvidado que su juventud había quedado en la Tierra. Pese a ello era, podría decirse, quien daba mayor animación al grupo juvenil. Había adquirido cierta prevención hacia Grunne, a quien acusaba de asediarla de un modo alarmante. Como siempre, Grunne era ajeno por completo al asunto.

El primer síntoma de alarma lo advirtió Stivell. Efectuaba su turno de guardia frente al foto-radar, pero empleaba el tiempo en una reñida partida de ajedrez con el sabio especialista en motores de acción nuclear, Alde Bacchi. Esto no suponía negligencia alguna, toda vez que el aparato poseía avisador automático.

Bacchi fanfarroneaba como de costumbre:

—Vigila tu reina, Andy —decía—. Es muy probable que antes de cinco minutos esté en mi poder.

Al joven Stivell le irritaba grandemente el tono empleado por Bacchi. Hubiera renunciado cien veces al viaje a cambio de ganarle dos partidas consecutivas, cosa que comenzaba a resultarle tan difícil como encontrar un puesto de flores en el camino hacia Marte.

—Soy capaz de retardar mi turno de juego aunque sólo sea con el fin de evitarlo...

En dicho instante vibró el zumbador del radar.

—Un meteorito, sin duda —comentó Bacchi sin alzar la mirada del tablero.

Así lo creyó también Stivell, pues constantemente se veía alterada la sensibilidad del aparato por el paso de minúsculos cuerpos celestes; algunos de los cuales no alcanzaban a tener un diámetro mayor que el de un guisante. Pero el zumbido siguió creciendo hasta alcanzar un volumen mayor que el que, generalmente, producían estos corpúsculos. Ambos hombres se miraron con extrañeza, e inmediatamente, Andy volvió su mirada hacia la pantalla, en la que se reflejaba la imagen del cuerpo.

Su rostro se avivó con el asombro.

—¡No puedo ser posible lo que mis ojos están viendo! —exclamó.

Bacchi se incorporó de un salto que le hubiera proyectado con fuerza hacia el techo de no haberse podido asir a tiempo. El tablero y las figuras del juego comenzaron a navegar a pequeña velocidad.

En la pantalla se reflejaba un objeto desconocido. Era fusiforme y avanzaba a terrible velocidad en relación directa con la intensidad de la vibración del zumbador del radar.

—Se trata de una espacionave —dijo Andy, con los ojos terriblemente abiertos,

—Únicamente puedo decir que no se trata de un cuerpo celeste, ni de fenómeno alguno al que pueda dar explicación —respondió Bacchi con un hilo de voz.

—¡Venga aquí, coronel Versen! —gritó Caron.

La excitación de su voz hizo que todos volaran hacia la pantalla. Durante breves segundos todos contemplaron en silencio la imagen detectada. Tras un intercambio de miradas, Versen tomó la palabra.

—¿Alguien de ustedes puede dar explicación a eso?

Thomas Grunne apuntó la posibilidad de que se tratara de algún desperdicio arrojado por la esclusa horas antes.

—Desechemos esa idea —dijo Versen—. En tal caso, el zumbador acusaría constancia. El hecho de que aumente en intensidad prueba que está dotado de impulsión propia que en ningún momento puede ser la inercia. Más bien parece tratarse de lo que todos hemos imaginado y nadie quiere admitir.

—Soy de su opinión, Versen —añadió Caron—. Creo que eso que están viendo nuestros ojos es una astronave, únicamente cabe ahora discernir cuál es su origen o procedencia.

—¿De la Tierra? —preguntó Benson con insegura voz.

—Creo que todos estamos descartando esa posibilidad —dijo Caron, tomando la palabra de nuevo—. Tal vez trabaja excesivamente nuestra imaginación, pero tememos que sea una espacionave de otro planeta. Pensar otra cosa no es insensato, mas supone una muy poco probable coincidencia. Esperemos un poco más; puede ser que se aproxime lo suficiente como para aclarar la incógnita.

Pero el objeto de discusión no llegó hasta el punto deseado, más

bien pareció rectificar su rumbo, dando por supuesto que lo llevara, y redoblando su velocidad pronto estuvo fuera del alcance del sensible dispositivo detector.

El asunto fue comentado una y mil veces y aunque la mayoría se inclinaba por considerar a la aparición como una nave de otro planeta, quedaba lugar suficiente para la discusión.

Desde aquel día la observación fue más rigurosa, pero de nada sirvió. Mientras tanto, el «Pionero» se aproximaba velozmente a su tan lejano destino.

El viaje llegaba a su fin. Habían evitado al satélite Phobos para ir a posarse sobre Deimos. Su proximidad al planeta era una inmejorable ventaja. No se había pensado en posar al «Pionero» sobre Marte, pues el regreso requeriría un enorme desgaste de energía. Deimos apenas poseía gravedad; esto era un factor precioso que había que tener en cuenta.

Veinticuatro horas llevó el trabajo de posar la astronave sobre la diminuta luna de Marte. Caron, con la valiosa colaboración de Versen, realizó la proeza.

Asomados por la lumbrera, contemplaron la enorme mole del planeta más próximo a la Tierra. Después de haber recorrido millones de kilómetros, los pocos millares que restaban eran despreciados por los astronautas. Ya sólo restaba extraer el cohete de combustión química que habría de transportarles hasta el Planeta. Tres únicos días, según los cálculos, bastarían para ello.

De súbito el zumbido del radar delató la presencia de cuerpos extraños.

—¡Otra vez esas astronaves! —gritó Benson, el primero en llegar hasta la pantalla—. Las hay de diversos tipos: platillos y cigarros voladores.

Se comprobó que evolucionaban a mucha altura sobre ellos.

—¿Qué hacer? —preguntó Bacchi—. Ya no hay duda de que esos vehículos proceden de Marte. Nuestro «Pionero» no está equipado para repeler cualquier ataque, en el caso de que se produzca.

—Sinceramente, no se me ocurre una solución —reconoció Versen—. No soy hombre de acción.

—Puesto que estamos por completo a merced de los ocupantes de esas astronaves —intervino Caron—, no tenemos opción a otra cosa

que aguardar los acontecimientos. Si, pasadas veinticuatro horas, esos seres no se deciden a actuar, nuestro plan debe seguir adelante tal y como estaba previsto.

No hubo comentarios, aceptando todos tácitamente la opinión del piloto.

Desde su llegada a Deimos habían recobrado la sensación de peso y aunque este fuese imperceptible, producía en los organismos la misma sensación que cuando se vieron privados de la gravedad.

Y comenzó la espera…

CAPÍTULO V

Las Extrañas Astronaves

LOS posibles marcianos no demostraran actividad belicosa; se limitaron a evolucionar en sus astronaves a considerable altura. Finalizado el plazo fijado por Caron, los expedicionarios vistieron sus ropas espaciales, decíamos a llevar a cabo sus propósitos.

No era operación sencilla montar el cohete que había de transportarles hasta Marte. Constaba de dos secciones esenciales que había que conectar sencillamente. Con un día más de lo previsto en los cálculos se logró tener dispuesto el artefacto. Por tratarse de un trabajo preconcebido y contando a su favor con la escasa gravedad fue posible tamaña tarea entre tan escaso contingente humano.

El «Pionero» había que abandonarlo sin que nadie lo custodiara. Así lo habían dispuesto desde antes de llegar a Deimos y las actuales circunstancias no aconsejaban el proceder de modo distinto.

Siempre bajo la constante amenaza de la presencia de los supuestos marcianos despegó el cohete. Cinco eran las espacionaves y siguieron la marcha del proyectil terrestre.

Tres horas más tarde, el cohete terrestre desplegó cortas alas similares a las de los vehículos empleados para llegar desde el satélite Eisenhower a la Tierra.

La atmósfera de Marte estaba ya próxima. Las alas debían facilitar el planeo. Todos los cálculos indicaban que la densidad del aire sería suficiente para sostener el cohete. En la poco probable circunstancia de que no lo fuere, tal contingencia podía ser subsanada sin peligro para los astronautas terrestres mediante el empleo de turbinas reactoras. Mas no fue necesario su empleo. La nave auxiliar del «Pionero» volaba ya a solo nueve mil metros de la superficie del planeta.

Las onduladas llanuras de Marte, con su extraño tono rojizo, se mostraban a las miradas ávidas de los terrestres. Todo era llanura allí. En cualquier dirección, la vista no hallaba más límite que el del horizonte, irritantemente monótono en su terrible uniformidad. Ni la más leve protuberancia con méritos para ser calificada de montañosa.

Ante semejante paisaje, la operación de aterrizaje carecía por completo de complejidad y sería fácilmente realizable.

—En cualquier momento podemos posarnos —dijo Caron a Versen—. Parece ser que en este planeta no hay ni una sola montaña.

—Soy de su mismo parecer; careciendo de destino o punto de referencia en concreto, nada nos impide hacerlo aquí mismo.

—¿Continúan escoltándonos esas naves?

Fue Stivell, situado frente a un ojo de buey, quien respondió.

—No han dejado de seguirnos desde que despegamos de Deimos. Realmente, no puedo comprender cuáles son sus intenciones.

—Me temo que no habremos de tardar mucho en saberlo, Andy —respondió Caron.

—Sí; creo que están esperando a saber cuál es nuestro objetivo —añadió Versen.

—Así parece ser, y puesto que de todos modos no podemos evitarlo, vamos a ahorrarnos tiempo mutuamente —volvió a decir Caron—. Vayan a sus puestos. A partir de este momento inicio el aterrizaje.

Efectivamente, la pequeña nave comenzó a perder altura paulatinamente, al tiempo que se hacía apreciable su pérdida de velocidad. Finalmente, la afilada proa apuntó al rojizo suelo y bastaron dos breves minutos para llevarle a escasamente trescientos metros sobre el nivel de Marte. A tal altitud enderezó su vuelo con un terrorífico silbido del aire al deslizarse en dura fricción contra los cortos planos del avión terrestre.

La inflexible mano del coronel Caron le condujo hasta establecer un perfecto contacto con la superficie. En tal momento se alzó una densa polvareda rojiza que persiguió al cohete en su carrera hasta que, deteniéndose éste, le alcanzó y envolvió, ocultándole durante algún tiempo.

En el interior, los ocupantes desligaron sus trabas. Los trajes espaciales fueron preparados para salir al exterior.

Caron y Sophia, junto con Stivell y Ed Benson equipados ya, se desplazaron hacia la esclusa. Cuando el primer panel se hubo cerrado tras ellos, Caron les dirigió la palabra:

—Ajustad bien las caretas respiratorias. No me sorprendería que la respiración fuese normal sin ellas, pero de momento no es necesario correr el riesgo de intentarlo.

Oprimió un resorte de la pared metálica y descorrió automáticamente el panel que les separaba de Marte. Un viento fresco

les llegó. De la salida al suelo habría escasamente dos metros y medio. Caron despreció la breve escalerilla metálica, sabedor de que la menor gravedad, allí, permitía fácilmente el salto. Ni siquiera necesitó flexionar las piernas al caer. Aún no se había acostumbrado totalmente a la sensación de peso y ello le producía algún trastorno de tipo psíquico al que hubo de unir la sensación de escozor sobre la piel de las manos y el rostro producida por la menor presión.

Los otros ya se le habían reunido. El segundo grupo debía estar en aquellos momentos dentro de la esclusa, dispuesto para salir. Caron llevó sus dedos de la mano derecha a un reloj de mayor tamaño que los normales y que portaba sujeto a la muñeca izquierda. Se trataba de un pequeño artefacto que permitía enviar mensajes en Morse a quienes estuvieran dotados de semejante aparato. El mensaje recibido pasaba a los sentidos a través de una palanca que presionaba sobre la piel según puntos o rayas.

Oprimiendo el botón emisor, Caron dio a entender a los que estaban a su lado que se proponía avanzar.

Instintivamente alzó el rostro para dirigir su mirada hacia el cielo, en busca de las aeronaves. Con gran excitación por su parte, vio que tres de ellas parecían estar evolucionando para posarse. No le sorprendió, porque él esperaba algo así, pero había llegado a olvidarlas.

Alzó su mano, señalando. Los otros parecían haberlas visto ya y no tardaron en estar a su lado. Tres personas más habían salido del cohete y venían corriendo hacia ellos.

Caron notó sobre su muñeca la presión de la palanquilla de su reloj. Por la consigna supo que el mensaje lo enviaba Stivell.

—Esos artefactos están descendiendo lo suficiente como para creer con fundamento que van a posarse. ¿Cree conveniente que nos retiremos hacia la nave?

Caron negó con la mano. Consideró que era mejor resolver la cuestión cuanto antes.

Los tres platillos estaban ya flotando a escasos metros del suelo. Producían un agudo silbido al desplazarse. Los tres eran del mismo tamaño y características; tenían una tonalidad verdosa y no parecían pintados. Su estructura exterior no poseía-relieve alguno, sencillamente un platillo panzudo sobre cuyo centro se alzaba una cúpula roma del mismo metal y en la que podían verse varios orificios.

Suavemente, descansaron sobre las rojizas arenas y permanecieron inmóviles. Los terrestres quedaron expectantes, pero pasaron algunos segundos sin que nada sucediera.

Pasado el momento de expectación, Caron avanzó con lentitud hacia la espacionave más próxima; tras él fue Sophia.

Los tres platillos estaban colocados en semicírculo ante ellos. A seis metros de distancia se detuvieron. Pasó algún tiempo. Si alguien habitaba aquellas astronaves, ningún signo de vida se advertía. Sophia pareció perder cualquier prevención y avanzó decidida hasta tocar el platillo. Con gesto inconsciente apartó la careta de oxígeno y gritó:

—¡Este metal está caliente, pero se advierte que se enfría con mucha rapidez! ¡Alguien debe de estar refrigerándolo desde el interior!

Caron hizo significativos gestos para que se colocase de nuevo la careta.

—No es necesario —volvió a decir Sophia—. Puedo respirar con suficiente normalidad.

Caron arrancó la suya, comprobando que lo dicho por la muchacha era cierto.

De un salto llegó hasta el platillo y puso la palma de su mano sobre el metal.

—-Es cierto —comentó—. Este metal está casi frío.

Sophia volvió a tocarlo.

—Mucho más de lo que lo estaba cuando puse la mano antes.

—No cabe duda de que lo están refrigerando aceleradamente. Y eso quiere decir...

—¿Que sus ocupantes se disponen a salir?

—Exacto.

Toda la valentía anterior de Sophia pareció esfumarse. Con gesto instintivo se aproximó al piloto. En el mismo instante, en el lugar en el que antes no existía el menor indicio de ranura o grieta, comenzó a alzarse parte del panel, al modo de los antiguos puentes levadizos. La abertura estaba escasamente a dos metros de los dos terrestres. El resto de la expedición se agrupaba tras ellos, a varios metros de

distancia.

Todas las miradas coincidían sobre el mismo punto; había fijeza de loco en las dilatadas pupilas.

Y de pronto, el desgarrado grito que brotó de la garganta de Sophia pareció ser el clarín que anunciara la presencia del alucinante ser.

Pese a su terror, la mujer no podía apartar la vista de aquella aparición. Con palabras resulta difícil dar una idea bien ajustada a la realidad del aspecto de aquella terrible criatura recién aparecida en el siniestro hueco. La mayor parte de su cuerpo era tronco del que partían hasta seis largos tentáculos de piel viscosa y provistos de repugnante pilosidad blancuzca. Al término de estas extremidades había garras de largas y fuertes uñas. En una de aquéllas sostenía un desconocido objeto de alguna semejanza con las cámaras fotográficas tomavistas. Pudiera decirse que tal monstruo carecía de rostro y cabeza, que debía estar unida al grueso tronco peludo. Dos orificios, en cuyo interior semejaban arder otras tantas ascuas, parecían ser los ojos.

La pareja de terrestres retrocedió. Si el monstruo les había visto, no hizo el menor movimiento de ataque. Pudieron ver que tras el primero asomaban otros; igualmente sucedía en los demás platillos.

Siguieron retrocediendo hasta llegar al grupo formado por sus compañeros.

—¿Qué va a suceder ahora? —chilló la señorita Forsyte.

Nadie pareció hacerle caso. Pero ella, presa del mayor pánico, volvió a exclamar:

—¡Por favor, digan algo! ¡Es preciso actuar de algún modo!

—Nada podemos hacer hasta averiguar cuáles son los propósitos de esos seres —le contestó Versen—. Y quizás entonces tampoco.

Los monstruos descendieron de los platillos, ayudándose de todos los tentáculos al desplazarse. Se acercaban lentamente a los terrestres, que se apretaron aún más.

—¿Es que no vamos a intentar siquiera defendernos, coronel? —dijo Stivell.

—Estamos enfrentándonos con lo desconocido, Andy —repuso Caron—. No debemos perder la cabeza. Esperemos.

La razón del piloto no pareció convencer a nadie, pero todos permanecieron inmóviles contemplando el sobrecogedor avance de los seres brotados del interior de los platillos.

Sucedió de modo rapidísimo. El monstruo que portaba la extraña cámara fotográfica les apunto con ella. Una cegadora luz brotó de su interior. Simultáneamente, el grupo terrestre se vio envuelto por un deslumbrante halo amarillento que parecía surgir de sus propios cuerpos.

Los cuerpos se desplomaron a causa del inesperado y desconcertante ataque. El rojo polvo marciano se levantó con la caída.

Los monstruos llegaron hasta los inanimados terrestres. Nuevos seres de aquella especie brotaron de los platillos; rápidamente se apoderaron de los cuerpos, transportándolos a sus naves.

* * *

Caron experimentó la sensación de volver del más allá. Intentó abrir sus ojos, pero los destellos de una luz vivísima se lo impidieron.

Notóse sujeto por ligaduras en pies y manos y supo que estaba echado sobre una superficie lisa.

Alguien le estaba liberando de sus ataduras. Probó de nuevo; esta vez lo consiguió. La luz fortísima ya no le molestaba, pero la sorpresa por lo que veía no le permitió reparar en ello. Tres hombres estaban inclinados sobre él. Todos ellos le eran desconocidos.

—¿Dónde estoy? —pregunto—. ¿Quiénes son ustedes?

Los tres personajes se miraron entre sí, pero no le respondieron. Caron se incorporó, sentándose y haciendo ademán de lanzarse al suelo. Entonces pudo apreciar la gran estatura de aquellos hombres.

—¿Por qué no me responden?

Los otros, que permanecían al otro lado de la plataforma sobre la que había permanecido tendido, le miraron con curiosidad, mas sin romper su hermético silencio.

Caron rodeó el obstáculo para dirigirse a ello. Entonces uno de ellos pronunció unos incomprensibles gritos guturales. Casi inmediatamente, el piloto se sintió sujetado con fuerza y alguien le alzó en vilo. Era uno de aquellos peludos pulpos que les atacaron a su llegada a Marte. Por más que intentó deshacerse de su presión no lo logró; el monstruo lo arrastró con él.

En un último intento de rebeldía gritó:

—¿Dónde están mis amigos?

La impasibilidad de aquellos tres hombres le exasperó hasta obligarle a mascullar algunas maldiciones. Pero, ante su impotencia, su captor abandonó la estancia en que se despertara, avanzando por un amplio pasillo. En la posición en que se hallaba no podía ver al monstruo, pero esto no le entristecía, más bien se alegraba de ello. Aún recordaba la repulsión que experimentó la primera vez que los viera.

Pensaba Caron en cuál sería el objetivo de su viaje, cuando su aprehensor se detuvo. Estaban frente a una puerta —Caron supuso que lo sería— circular. En efecto, el pulpo la abrió de algún modo que el terrestre no pudo comprender y le dejó al otro lado con una delicadeza que jamás hubiera esperado el piloto.

Observaba cómo la puerta tornaba a cerrarse cuando unas voces familiares le llamaron.

Sus compañeros de expedición le recibieron alborozados. Caron descubrió a alguien a quien no conocía a pesar de que sus rasgos le eran familiares. Versen se apresuró a decir:

—¡Vea quién está aquí con nosotros!

Caron buscó en su mente un nombre que pudiera asociarse a aquella imagen que creía recordar.

—Se trata de Samuel Henskel, de los Laboratorios Spencer, ¿no recuerda, Fred? —aclaró Versen.

—¡Maldita sea mi memoria cien veces! —exclamó el coronel—. ¿Cómo no le habré reconocido después de haber visto su fotografía en todos los periódicos de la Unión?

Estrechó la mano del anciano.

—Entonces —prosiguió Caron— han sido estos extraños seres quienes le raptaron. Bien, creo que está en condiciones de explicarnos algunas cosas.

—¡Oh, no lo crea! Hace tan sólo tres días que me trajeron a Marte. Y digo Marte, porque Versen me lo ha explicado. Ni siquiera eso sabía. Esperaba que ustedes supieran algo más.

—No hace más de una hora que estamos en este encierro —

proclamó la señorita Forsyte—. Yo fui la primera en llegar. Casi al mismo tiempo, Thomas Grunne —esto lo dijo con el tono de alivio de haber corrido un gran peligro y salido indemne de él—. Y a intervalos de cinco minutos todos los demás, hasta usted, Caron, que ha sido el último.

—¿Quiénes eran aquellos tres individuos silenciosos a quienes vi al despertar? —preguntó Caron seguidamente—. Uno de ellos hablaba un incomprensible idioma, que no lo era para ese pulpo que me trajo hasta aquí. Supongo que también ustedes les vieron.

Versen asintió.

—No son terrestres —respondió.

Caron permaneció algún tiempo con la boca abierta.

—Tal vez no se refiera usted a los que yo vi —argumentó.

—Me temo que sí —intervino Henskel—. Puede fácilmente confundírseles con los terrestres, pero tengo mis motivos para asegurar que no lo son.

—¿Entonces?

—Yo fui raptado de mi domicilio por esos monstruos y llevado a uno de esos platillos volantes, que, según cuentan, les han seguido hasta Marte. En él pude descubrir a esos hombres. Al parecer, se trata de una raza superior que domina a esos repelentes monstruos mezcla de pulpo y araña. Tardamos mucho tiempo en abandonar la Tierra, aunque constantemente estábamos en movimiento, cambiando de lugar. Calculo que en todo aquel tiempo dimos varias veces la vuelta al mundo. La mayoría de las veces nos ocultábamos en el seno de los mares, mas recuerdo que en alguna ocasión nuestra astronave se posó sobre las arenas de un gran desierto, el Sahara sin duda, y con mayor frecuencia sobre los hielos de los Polos, Siberia o Alaska. Recuerdo haber sobrevolado ciudades inconfundibles, como lo son Nueva York, Londres, París, El Cairo y San Francisco. Invariablemente, en cada uno de los descensos, algunos de esos seres tan similares a nosotros abandonaban la astronave y en ocasiones llegaron a tardar en volver varios días. Finalmente, abandonamos la Tierra.

—Su relato confirma la teoría tan combatida de que seres de otro planeta estaban visitando el nuestro durante mucho tiempo —dijo Caron—. Pero continuamos sin saber nada. Ni siquiera las intenciones que abrigan a nuestro respecto.

—El hecho de que nos tengan prisioneros quizá sea parte de la respuesta a nuestras preguntas —opinó Stivell—. Es muy probable que quieran saber algo de lo que esperan que nosotros sepamos.

—Tal vez —respondió Versen, pensando en voz alta—. Esperemos.

CAPÍTULO VI

El Dueño De Marte

SE dedicaban a hacer cálculos del tiempo que permanecían en aquel encierro cuando observaron que se abría la puerta circular, única comunicación con el exterior.

Penetraron varios monstruos y, tras ellos, cuatro de aquellos hombres tan semejantes a los terrestres. Los prisioneros se pusieron en pie, expectantes.

Una voz profundamente nasal dijo algunas palabras en inglés. En la forma de pronunciarlas se comprendía perfectamente que habían sido aprendidas de memoria tan sólo unos minutos antes.

—Déjense conducir. No intenten escapar —había dicho uno de aquellos hombres altísimos, y siguió repitiéndolo algún tiempo con cierta monotonía.

La conducción de los prisioneros por corredores fue bastante larga. En alguna ocasión abandonaban un edificio para pasar a otro sobre altísimas galerías desde las que pudieron observar la apabullante grandiosidad de una ciudad como jamás la habría soñado mente terrestre.

Al final se detuvieron ante otra puerta circular pero de mayor tamaño. En la nueva estancia había un estrado grandioso presidido por uno de aquellos supuestos marcianos; a ambos lados se alineaban en pie hasta treinta personajes, algunos de los cuales lucían largas barbas.

El hombre que parecía ser jefe de todos ellos habló. Y habló en un inglés pésimo que se comprendía a duras penas.

—Acercaos, hombres de la Tierra. Quien tenga dominio sobre los demás que responda a mis preguntas.

Versen, que sintió sobre sí las miradas de todos sus compañeros, avanzó algunos pasos.

—Ayúdeme, Caron —murmuró—. Ninguno de nosotros somos oradores.

En voz alta dijo:

—No tengo dominio sobre mis amigos, pero les represento.

Aquel hombre necesitó algún tiempo para traducir las palabras de

Versen y constantemente consultó con quien debía ser un intérprete. Al terminar las consultas pareció enojado.

—El terrestre no deberá hablar hasta que se le pregunte —barbotó.

Versen quedó totalmente desconcertado por la cáustica respuesta.

—Vaya con los humos que se gasta este cacique —musitó Grunne.

La voz del marciano volvió a sonar.

—Yo, Lúo, pregunto: ¿a qué habéis venido?

—Somos una expedición científica y la finalidad de nuestro viaje es aportar datos a la Ciencia.

—Mientes, terrestre. Vosotros pretendéis invadir nuestro mundo.

—Os aseguro que no.

—La inteligencia de Lúo es enorme. No podrás engañarme con embustes. No sois más que espías.

—No lo somos —dijo Caron.

Aquella inesperada intervención pareció irritar aún más a Lúo.

—¿Cómo se atreve ese miserable a responder por su mayor en autoridad? —vociferó tras algunas consultas con su intérprete.

—De este modo no será posible que nos entendamos —prosiguió Caron, haciendo caso omiso del enojo de Lúo—. Nuestra mentalidad parece ser completamente diferente a la vuestra. Lo esencial ahora es despejar vuestros temores. Puedo asegurar que nuestro planeta no abriga intenciones bélicas. Es cierto que existe en nuestro mundo cierta inquietud por la continua presencia de vuestras espacionaves en nuestra atmósfera. Pero hasta ahora ignorábamos que Marte estuviese habitado. Es más, nuestros hombres de allá siguen sin saberlo, y vosotros no podéis permanecer del todo ajenos a esta realidad, puesto que tanto sabéis de nosotros hasta el punto de hablar uno de los idiomas más extendidos en nuestro planeta.

Las palabras de Caron quedaron sin respuesta por el momento. Lúo se dedicó a una conferencia con los suyos. Al finalizar respondió:

—No regresaréis jamás a vuestro planeta. Así lo hemos dispuesto.

Las palabras del marciano causaron enorme sensación entre los

terrestres. Ni la mala pronunciación permitía la menor duda sobre el sentido de sus palabras.

—¿Significa que, sin más razones, nos hacéis prisioneros? —inquirió Fred Caron.

—No os necesitamos como prisioneros. Cuanto nos era preciso saber de vosotros ya lo sabemos. Os daremos muerte. La ejecución preparará al pueblo de los «tari», ya que su gran hora ha llegado.

Caron, presa de un furor homicida, saltó hacia el estrado de Lúo. La diferencia de gravedad hizo prodigioso su salto. Mas no pudo llegar hasta aquél. Dos repugnantes arañas cayeron sobre él. Con un frenético tirón se desasió del primer tentáculo y atacó al otro a puñetazos; sus puños se hundían en la carne fofa. En vista de su fracaso, asió uno de los tentáculos a la altura de la garra y retorció con fuerza. El monstruo lanzó un agudo silbido y saltó hacia atrás, soltando al terrestre, que no pudo reponerse porque el otro había vuelto a hacer presa en él. Repitió la misma operación con éxito y logró avanzar algunos metros hacia Lúo. Un marciano con aspecto humano se interpuso en su camino, pero Caron, como loco, le largó un formidable directo que dio la sensación de hacer volar al hombre.

Cada feroz puñetazo significaba un enemigo menos, pero únicamente su furioso estado le impelía a continuar aquella lucha desigual en la que la abrumadora superioridad numérica habría de lograr el triunfo.

Vencida la crisis, dos de los monstruos le redujeron con facilidad.

Los prisioneros fueron devueltos a su encierro. Aquella inexplicable condena a muerte, sin motivo alguno, produjo un terrible abatimiento en los terrestres.

—Esto resulta realmente incomprensible. ¿Quién puede entender que a Henskel le hayan raptado únicamente para comunicarle su condena?

Como es lógico, nadie halló respuesta ni solución a semejante argumentación.

Caron paseaba furiosamente por el interior de la prisión. Se detuvo para decir:

—Debe existir alguna razón importante. Algo que nosotros no podemos conocer y que, sin embargo, proporciona lógica a los actos de los marcianos.

—Como fuere —le respondió Versen—, nada podemos hacer. Yo ya me he resignado por mi parte, únicamente lamento nuestra impotencia para dar a conocer a nuestros semejantes lo que hemos descubierto.

—No debemos resignarnos —apuntó Fred Carson—. Antes de nuestra ejecución habrá de surgir la coyuntura que nos permita escapar. Esos marcianos son débiles y pueden ofrecemos poca resistencia.

—Así parece — comentó Grunne—. Pero los monstruos no lo son.

—Podemos aprovechar un momento de sorpresa —sugirió Stivell —. Si siquiera tuviéramos la oportunidad de apoderarnos de alguna arma con que defendernos...

—Únicamente desearía cooperación —resumió Caron—. Nada podemos planear, pero, si la ocasión se presenta, improvisaremos el plan.

Nadie pareció tener más deseos de hablar. Cada cual se entregó a sus propios pensamientos.

Bacchi estuvo recorriendo durante algún tiempo todas las paredes del aposento. Al cabo del tiempo se dejó caer junto a los otros. A las interrogantes miradas que le dirigieron, respondió con negativo gesto desalentado.

Transcurrió mucho tiempo hasta que la puerta circular volviera a abrirse. Los prisioneros se pusieron en pie. Parecía haber llegado el momento trágico.

Penetraron primero varios monstruos y, tras de ellos, cinco de aquellos altos seres humanos. Todos ellos venían armados con cortos bastones rematados con una esfera de intenso color azul.

—Salgan —ordenó uno de ellos.

Los prisioneros obedecieron en silencio. En el exterior aguardaban más monstruos, algunos de los cuales portaban armas similares a las de los seres superiores. En total sumaban el doble número que los terrestres. Las pocas esperanzas que pudieran quedar a éstos debieron esfumarse.

Fueron obligados a caminar en otra dirección distinta a la del día anterior.

Los nuevos corredores no estaban desiertos; se veían individuos

de las dos especies que los terrestres ya conocían. También pudieron ver hembras de aspecto humano. Las de los monstruos difícilmente podrían haberlas distinguido, si es que tropezaron con alguna de ellas.

Comprendieron que habían estado encerrados en la parte más elevada de aquella fantástica ciudad, porque advertían que estaban descendiendo. Caron desesperaba de hallar la ocasión propicia. A medida que descendían, los corredores, quizá calles, estaban cada vez más concurridos. Esto podía ser un impedimento para la fuga, puesto que no habrían de vérselas solamente con la escolta, sino también con cuantos deambulaban por aquellos lugares.

Buscó con la mirada a Stivell. Era en quien más podía confiar, dado que, a excepción de éste y los mecánicos Carver y Al Dunne, a ninguno podía considerar como hombre de acción. Andy Stivell respondió pronto a la tácita llamada. Poco a poco fue colocándose, al lado del coronel.

—Creo que debemos intentarlo ahora, Andy —dijo en voz baja, por si alguno de sus conductores podía interpretar sus palabras.

—Por mi parte no hay el menor inconveniente. ¿Están preparados los otros?

—Avisa a Bacchi, Carver y Dunne. Yo lo haré al resto. Estad todos pendientes de mí y actuad cuando me veáis hacerlo a mí. Recordad que esos monstruos tienen su punto débil en lo que pudiéramos llamar muñecas. Lo esencial es apoderarnos de alguna de las armas y que la lucha sea lo más breve posible.

Poco después todos miraban de soslayo a Caron, Éste esperaba que surgiera pronto un lugar en el que pudieran desenvolverse con efectividad.

Por fin llegaron a una especie de plaza en la que desembocaban varios corredores o calles de pulidas paredes.

No quiso pensarlo más.

—¡Ahora, o nunca! —gritó.

Desde aquel momento se desentendió de los demás. Sabía que cada cual se defendería como pudiera. La terrible diferencia numérica debía ser nivelada mediante la rápida consecución de alguna de las armas.

Saltó sobre uno de los altos marcianos al que aplicó un furibundo golpe que lanzó al desprevenido guardián a algunos metros de

distancia. El arma que sostenía entre sus manos cayó al suelo como Caron había esperado. Ni siquiera sabía su manejo, pero en el peor de los casos podría emplearla como maza. Importaba obrar con rapidez para lograr adueñarse de la situación. Se inclinaba ya velozmente sobre el corto bastón, cuando se vio sujeto y alzado en vilo por uno de aquellos tentáculos. Con rabia retorció la garra repugnante. Mientras luchaba, pudo advertir que también los otros lo hacían. Igualmente, escuchó pequeñas explosiones que atribuyó a las desconocidas armas. Se vio proyectado hacia el suelo cuando el monstruo soltó su presa. Cayó muy cerca del arma abandonada y estiró su brazo con desesperación para asirla. El corazón le latió con fuerza al notar su contacto. La empuñó y se incorporó violentamente con el tiempo justo para descargar su improvisada maza contra un nuevo atacante. No consiguió eliminarle, pero sí retardar la acometida, dándole ocasión para dar un salto prodigioso que le alejó de los peligrosos tentáculos.

Descargó golpes furiosamente durante algún tiempo que creyó una eternidad. La lucha casi había cesado y ya no se escuchaban las explosiones. De repente se halló frente a Versen, que le miraba y reía excitado.

—¡Se ha producido el milagro, Caron!

El piloto le miró con extrañeza. Tras ellos estaban sus compañeros rodeados por los marcianos y algunos monstruos.

—¿Qué milagro?

No obtuvo respuesta de Versen. Antes de que éste pudiera hablar lo hizo uno de los marcianos.

—Vamos —ordenó—. Aún no ha pasado el peligro. Sígannos.

Los terrestres obedecieron como autómatas.

—¿Quiénes son? —preguntó el asombrado Caron.

—No sé de ellos más que intervinieron en la lucha de un modo decisivo en nuestro favor. Pretenden salvarnos de la crueldad de Lúo. Eso es lo que ha dicho quien acaba de hablar.

Caron no hizo más preguntas. Tenía bastante con saber que aquel asunto comenzaba a variar de matices. Había alguien que podía prestarles ayuda.

La esperanza volvía a renacer.

Corrieron durante algún tiempo tras los inesperados salvadores

sin que nadie se atreviera a oponerles obstáculo alguno. Sus protectores iban armados y, por la expresión de los humanos, parecían dispuestos a afrontar cualquier situación.

Al llegar a cierto punto, el que capitaneaba el grupo dijo:

—Nuestro inmediato objetivo es aquella terraza. En las naves que descansan sobre ellas habremos de escapar. Pero en este lugar hay guardianes de Lúo y habrá lucha. No podemos perder el menor tiempo —parecía recitar un discurso aprendido de memoria—. Por lo tanto, no podremos auxiliar a quienes caigan. ¿Me han comprendido? Se trate de quien se trate.

—Perfectamente.

—Bien. Ahora pasarán quienes habrán de pilotar los vehículos. Después, todos nosotros.

Permanecían ocultos en un recodo desierto. Desde donde estaban, no podían ver ni ser vistos. Sin duda, aquello era zona militar, porque no la transitaba nadie. El grupo salvador estaba compuesto por cinco marcianos y tres monstruos. Cuatro de los primeros se lanzaron hacia la terraza, llegando hasta ella sin que nada sucediera. Los que quedaron agazapados los vieron encaramarse a unas naves parecidas a los grandes helicópteros de transporte transoceánicos de la Tierra. Lo hicieron con toda clase de precauciones y poco después se abrían en las aeronaves sendas portezuelas. Entonces el hombre marciano ordenó:

—¡Vamos!

Todos echaron a correr en dirección a la terraza. El marciano y sus monstruos cubrieron el flanco por el que temían surgiera el peligro. Y éste surgió cuando ya casi todos los fugitivos habían alcanzado el objetivo.

Sonaron gritos y disparos a la entrada de la terraza. La guardia les había descubierto. Caron vio perfectamente cómo uno de los monstruos amigos era alcanzado por un rayo cárdeno que pareció desinflarlo. Casi al mismo tiempo cayó Al Dunne.

Su intento de ir a socorrerle fue cortado con energía por el marciano.

—No lo intente —dijo—. Ya nada se puede hacer por él. Subamos.

Caron obedeció ciegamente. Aquel personaje tenía una

personalidad que impresionaba.

El brusco tirón de la aeronave, al elevarse, derribó a los dos últimos en subir. Caron experimentó la sensación de que aquellos artefactos se desplazaban con bastante velocidad. Buscó anhelante a Sophia y no pudo descubrirla; sin duda, estaba en la otra nave.

Después de la terrible excitación se hallaba extrañamente sereno. Aunque totalmente cerrado, se podía ver con normalidad cuanto sucedía en la ciudad, a través de la larga cristalera que circundaba el aparato.

Desde semejante altura no podía discernirse. Aquella parte de la ciudad parecía en calma. Mas, de improvisto, de algún lado comenzaron a brotar fogonazos. Alguna batería estaba haciendo fuego contra ellos. Caron vio la trayectoria de los rayos anaranjados que parecían perderse en el infinito. Ningún sonido acompañaba a los disparos. Si aquella situación se prolongaba, el terrestre presumió cuál sería el final. Pero las dos naves parecieron centuplicar su velocidad y bastó una fracción de segundo para que se alejaran tanto que resultaba difícil localizar el emplazamiento de la ciudad.

Caron abandonó su observatorio y lanzando un suspiro de alivio, exclamó:

—Ya hemos dejado atrás esa pesadilla. Creo que ha llegado el momento de que sepamos a quién debemos tan oportuna salvación.

Estas últimas palabras iban dirigidas al marciano.

—Aún no ha llegado ese momento, terrestre —replicó el otro—. Tal vez sea ahora cuando comienza el verdadero peligro. Si quieren verdaderamente que su salvación no sea un intento frustrado, procuren guardar silencio hasta que pase el peligro. Y, puesto que habrán de asistir pasivamente al combate, vayan hacia popa y observen.

Los terrestres quedaron intrigados con aquellas palabras, pero obedecieron la consigna. ¿De dónde partiría aquel peligro anunciado por el marciano?

Stivell fue el primero en identificarlo.

—¡Miren hacia allá! —gritó.

En efecto, procedente, al parecer, de la ciudad recién abandonada, un objeto se aproximaba con mayor velocidad que las naves en que los fugitivos volaban, puesto que se le veía aumentar de

tamaño sensiblemente.

—¿Qué puede ser eso? —preguntó en voz baja Bacchi—. ¿Una nave que viene en nuestra persecución?

—Aún está demasiado lejos para determinarlo —respondió de igual modo Caron—. Pero comienzo a sospechar que se trate de otra cosa bien distinta y terriblemente eficaz.

—¿Un proyectil dirigido? — musitó Stivell.

Caron asintió.

—Ignoro qué defensa puedan tener contra ellos estas pequeñas aeronaves. Las palabras del marciano son ahora comprensibles. Por lo menos sabemos que intentará defenderse.

Volvieron los rostros hacia el hombre de Marte y pudieron verle embebido en complicadas operaciones. Sobre un minúsculo teclado, parecido al de cálculo de los modernos cerebros electrónicos terrestres, pulsaba teclas y oprimía botones a una velocidad de verdadero vértigo.

Por la expresión de su rostro advirtieron que había concluido. Lanzó una exclamación en su incomprensible idioma y se puso en pie. Simultáneamente, la aeronave experimentó una brusca sacudida que hizo perder el equilibrio a casi todos. Caron se vio impelido hacia la cristalera y le fue dado contemplar la causa del estremecimiento. Vio un grueso proyectil que se alejaba de la nave. A cierta distancia comenzó a cabecear y, al fin, partió como una centella al encuentro del otro proyectil que avanzaba hacia ellos. Quizá la visión duró menos de un segundo. El formidable estallido desplazó violentamente las capas de aire y el deslumbrante destello les cegó.

Una segunda explosión les sorprendió. No habían podido advertir la presencia de otro proyectil que buscaba a la otra aeronave. El cohete lanzado por ésta había conseguido hacerlo estallar con igual éxito.

Aún no se habían repuesto de la sorpresa, cuando escucharon tras ellos la suave voz del marciano:

—Resultó curioso, ¿no es cierto? El peligro inminente ha pasado ya. Mi nombre es Zask y deseo ser vuestro amigo.

—No solamente nuestra amistad habéis ganado ya, sino el mayor agradecimiento.

Caron se sorprendió agradablemente cuando advirtió que Zask le tendía la mano derecha en ademán de estrechar la suya. Apretó aquella mano con calor y correspondió a la sonrisa.

—Tenía formado un pésimo concepto de los marcianos —explicó el terrestre—; ahora me veo forzado a rectificar mi opinión.

La sonrisa de Zask se acentuó.

—Sí —respondió—. Pese a su desagradable aspecto, son sumamente bondadosos: Lúo los tiene esclavizados. Tampoco son bestias como pudiera creerse a primera vista. Poseen inteligencia y un lenguaje. Uno de mis mayores deseos es redimirlos.

Caron escuchaba con la boca abierta.

—Pero, ¿a quién se refiere? —preguntó.

Zask señaló a los monstruos.

—¿No había hablado de los marcianos?

—Entonces, ¿ustedes?

Ahora, el sorprendido fue Zask.

—Nosotros no somos marcianos.

CAPÍTULO VII

Los Vagabundos Del Espacio.

NO fue solamente Caron el asombrado. Los terrestres se miraron entre si, sin comprender. Más no hubo ocasión para formular nuevas preguntas. Zask y los suyos se habían enfrascado en el manejo de la aeronave. Todo parecía indicar que la primera etapa del viaje había concluido.

El aparato sobrevolaba ahora una zona de vegetación. Ni la más desbordada imaginación hubiera podido denominarla selva; ni siquiera bosque. Sin embargo, su límite se prolongaba más allá del alcance de la vista.

Sobre ella iba a descender la aeronave. A bordo de la otra también parecían disponerse al mismo objeto. Al fin, cesó el silencioso vuelo y Zask invitó a los terrestres a descender a tierra mediante una ligera escalerilla.

Una vez en el suelo, pudieron darse cuenta de que las extrañas plantas que les rodeaban tenían más de dos metros de altura. Parecían bambúes sin más relieve que un ridículo florón de hojas agrupadas en la parte más alta del elevado tallo.

Los terrestres de ambas aeronaves dieron rienda suelta a su alegría. Caron explicó a los otros quién era su salvador y la desconcertante noticia de que los seres con aspecto humano no eran marcianos.

Zask organizó rápidamente la marcha. Aquel hombre parecía no tener tiempo para hablar. Antes de alejarse de aquel lugar, los marcianos hicieron arder las aeronaves que les trajeran hasta allí.

—Trato con ello de desorientar momentáneamente a Lúo —fue su escueto comentario.

Avanzaron a través de la monótona vegetación hasta detenerse en el lugar en que lo hicieron Zask y los suyos. La maniobra que ejecutaron no pudieron comprenderla los terrestres hasta que, con gran asombro, vieron brotar del suelo un gigantesco platillo volante. Salía a la superficie girando velozmente sobre sí mismo, despidiendo en todas direcciones grandes cantidades de tierra y plantas tronchadas.

Pese a que los terrestres creían que ya pocas cosas podían sorprenderles, aquélla les impresionó.

—Vamos —dijo Zask—. Ésta va a ser la última etapa de nuestro viaje.

Llegaron hasta el platillo y, como la primera vez que se aproximaron a ellos, se abrió la escotilla rectangular. Pocos segundos bastaron para que todos penetraran en la astronave.

Los terrestres escucharon el silbido característico del platillo al ponerse nuevamente en movimiento. Cada paso por el interior de aquel ingenio era una sorpresa para los hombres de ciencia de la Tierra. Se sintieron empequeñecidos e ignorantes ante la perfección de los mecanismos y dispositivos.

Zask les reunió a todos en una sala bastante espaciosa, con relación a la capacidad del platillo.

—Algunos de ustedes —dijo— saben que mi nombre es Zask. Me hago cargo de cuál no será la curiosidad de ustedes. Pero prefiero atormentarles durante algún tiempo. A cambio, satisfaré alguna de sus necesidades. No es aventurado suponer que tendrán apetito. De momento sólo puedo proporcionarles algunos comprimidos de viaje, pero bastarán por el momento. No se inquieten; nuestros organismos son similares.

El tiempo de la «comida» resultó asaz corto. Zask volvió a tomar la palabra:

—Quizás les canse a ustedes, aunque para que puedan comprenderme deberé contarles una historia bastante larga, pero procuraré ser lo más breve. —En realidad, a los terrestres les importaba poco que el relato fuese largo. Su curiosidad era enorme.

—Con ella sabrán por qué les he rescatado de una espantosa muerte. No quisiera que interpretaran mal mis palabras. No es mi deseo obligarles, pero tampoco soy excesivamente generoso. Pienso pedir algo a cambio. Pero empezaré por la prometida historia.

»Les habrá extrañado nuestra reciproca semejanza. No lo será tanto cuando sepan que nuestro mundo de origen es el que ustedes llaman Luna. Por tanto, según ustedes, somos selenitas. Naturalmente, nuestros antepasados no llamaban así a la Luna, sino Plia. Y ellos mismos «tari».

»Ellos sustentaban la teoría de que la Luna era, al formarse, parte desprendida de la Tierra durante el periodo de incandescencia. Con el transcurso del tiempo, la Luna se fue apagando y cada vez reunía menos condiciones de habitabilidad. Parece ser que mis antecesores

pensaron buscar la vida en las entrañas de nuestro pequeño mundo. Resolvieron el problema momentáneamente, pero no se les ocultó que el fin estaba próximo.

»Entonces surgió la necesidad de abandonar la Luna. Por entonces, los «tari» poseían ya un avanzado grado de civilización y comenzaban a dominar el espacio. El primer planeta visitado fue la Tierra. Pero la excesiva temperatura de su ambiente y el hecho de estar habitada hicieron que los «tari» desistiesen de su propósito. Nuestro pueblo siempre estuvo regido por hombres dignos que odiaron la lucha. Por otra parte, la población de la Luna no debió alcanzar jamás una cifra superior a los cien millones de habitantes.

»Nuevas tentativas les llevaron hasta Sanda, Marte, como ustedes le llaman. El nuevo planeta también estaba habitado y esto obligó a los «tari» a buscar otro lugar. Ustedes llaman Júpiter al mundo que nuestros mayores aceptaron por suyo: el enorme y frío Júpiter.

»Durante siglos fue trasladándose el pueblo selenita a su nueva, patria. Mas, repentinamente, la vida desapareció de la Luna. Erupciones volcánicas, enrarecimiento de la atmósfera por gases letales... Ustedes saben algo de ello.

»Casi se puede decir que fue necesario empezar de nuevo. Más tarde, las duras condiciones de Júpiter impidieron a los «tari» aclimatarse. La diezmada población asentó sus reales aquí en Sanda. Los marcianos nos recibieron como a seres divinos. La realidad era que se hallaban en estado semisalvaje. Resultó fácil la convivencia.

»Con motivo de un egoísmo impuesto por la necesidad, nuestro pueblo siempre consideró a los dueños legítimos de este planeta como seres inferiores. Tal crueldad resultaba disculpable para aquellos vagabundos del infinito, pero ha llegado el momento de que se les rehabilite. Y ese es el fin que me propongo. Para lograr mi objetivo necesito mentalidades que comprendan que estos seres merecen por lo menos la igualdad. Ustedes pueden ayudarme.

Hubo un corto silencio tras el relato de Zask. Caron se decidió a hablar.

—El agradecimiento es una virtud que aún no se ha olvidado en nuestro mundo. No creo necesario consultar con mis hermanos para decirte que estamos por completo de tu parte. Tu empresa es noble. Pero, si bien has aclarado puntos oscuros, quedan muchas cosas que nosotros no comprendemos.

—¿Por ejemplo?

—Se encuentra entre nosotros un científico terrestre que fue raptado de la Tierra hace muy poco tiempo…

—¿Henskel?

Hubo sorpresa entre los terrestres.

—Exacto. Está aquí presente —Caron Indicó al sabio con un gesto —. ¿Lo conoces?

—Es la primera vez que le veo, pero oí hablar de que había sido capturado. No es él el único terrestre prisionero de Lúo. He rescatado a muchos de ellos y ahora son libres como vosotros y dispuestos a secundarme.

La sorpresa iba en aumento por parte de los terrestres.

—No sé qué decir —confesó Caron—. Pero lo que realmente nos tiene intrigados a mis compañeros y a mi mismo es la anormal circunstancia de que Henskel fue raptado y ni él mismo puede decir con qué fin. Le condenaron a muerte, como a nosotros, en la primera ocasión en que se vio frente a Lúo. ¿Puedes aclararnos esto?

—Puedo —respondió Zask—. También es una historia larga, pero abreviaré. Comenzó cuando los «tari» supieron que los terrestres estaban alcanzando la súper civilización. Ignorábamos hasta qué punto nos podría perjudicar el adelanta de la Tierra, Los «tari» desconocían ese invento terrestre llamado televisión. La casualidad hizo que uno de nuestros científicos trabajase en un descubrimiento similar y localizase las emisiones de una estación televisora. El hecho se explica porque las ondas empleadas por la televisión son tan cortas que se propagan casi en línea recta, lo cual hace que escapen hacia el infinito cuando llegan al horizonte. Esta fue la causa de que, sin saberlo, nuestro sabio lograra captar la emisión.

»Aquel descubrimiento causó gran sensación en mi pueblo. Como medio preventivo, nuestras espacionaves se aventuraron hasta la atmósfera de la Tierra; en numerosas ocasiones se llegó hasta la superficie del planeta. Numerosas personas fueron raptadas y a través de ella comenzamos a conoceros. Esto explica que algunos de nosotros hablemos el inglés y otros idiomas. Actualmente conocemos tanto de la Tierra como podáis saber vosotros.

»Lúo asumió la jefatura de los «tari» poco antes de lo que llamáis segunda Guerra Mundial. Lo recuerdo bien porque le proclamaron el mismo día que cumplía yo los treinta años y mi padre me concedió la independencia familiar…

—¿Es posible que tenga ya casi sesenta años? —preguntó Sophia, incrédula.

—Exactamente sesenta y uno. Nuestro calendario posee menos que el de ustedes, aproximadamente un mes. En cambio, nuestra longevidad es mucho mayor. Hay entre nosotros ancianos que han alcanzado la edad de doscientos años.

—¡Es portentoso! —exclamó la señorita Forsyte.

—Reanudando el hilo de la conversación, Lúo jamás estuvo capacitado para la jefatura. Es cruel y egoísta. Siempre ha sustentado la teoría de que los terrestres eran enemigos a los que había que eliminar. Yo me inclino a creer que es el egoísmo lo que le impulsa a desencadenar una guerra entre los dos planetas. En el momento presente, Marte está en condiciones de vencer, pero ello llevaría consigo el desastre para ambas partes y la esclavitud para los hombres de la Tierra. Mas yo he de desbaratar sus planes, porque tengo fe en la paz y creo en el perfecto entendimiento de ambos mundos.

—¿Cuáles son los planes de Lúo?

—Comenzaría la agresión desde aquí. Conocedor de la tensión entre el Oriente y Occidente terrestres, ha instalado unas gigantescas plataformas de lanzamiento desde las que disparará proyectiles dirigidos. Con tal motivo, creará el desconcierto entre los terrestres, que se considerarán mutuamente agredidos. Esto no será suficiente, pero la sorpresa llevará consigo la desconexión de los terrestres, que se enzarzarán en un conflicto estéril. Próximas a la atmósfera de la Tierra aguardarán las astronaves de Lúo, dispuestas a comenzar la invasión en el momento oportuno. Este es su plan.

—Monstruoso —respondió Versen.

—Muy seguro está Lúo del efecto que causen sus proyectiles —comentó Caron—. Pero, ¿cuál sería el resultado de la contienda, si los terrestres advierten a tiempo que la agresión procede de fuera? Tenemos entendido que los «tari» no son numerosos.

—Aproximadamente unos setenta millones —explicó Zask—. Las duras condiciones de vida de Júpiter restaron fertilidad a nuestras hembras.

—Ni aun contando con que desaparecieran las tres cuartas partes de la población total de la Tierra, podrían los «tari» ocuparla.

—Los «tari», no. Pero los marcianos, sí. En los planes de Lúo ellos

serán quienes iniciarán la invasión y ocupación de la Tierra.

—Bien. Demos por supuesto que los planes de ese engendro se realicen tal como los preparó. ¿Qué relación se establece entre ellos y nuestra condena a muerte, especialmente la de Henskel?

—Lúo no ha perdido la ocasión de apoderarse de cuantos hombres de saber de la Tierra ha podido en su afán de conocer todos los adelantos de los terrestres. Henskel fue uno de ellos. Lúo lo tenía todo preparado y, según los informes de mis espías, dispuesto para fecha muy próxima, pero la inesperada llegada de ustedes le desconcertó. Por tal ha decidido acelerar sus planes. Les condenó a ustedes, porque en realidad teme a los terrestres desde muy niño, inconscientemente decretó la muerte de Henskel, quien ya no le servía. Supongo que igual suerte correrán los otros científicos que aún quedan bajo su poder, si antes no ocurre algo que nos permita libertarles.

—Y usted está decidido a que ese algo ocurra —dijo Caron.

—Así es.

—Parece estar muy al corriente de las cosas de Lúo. Incluso conoce detalles íntimos.

—Eso no tiene la menor importancia, considerando que Lúo es mi hermano.

Las palabras de Zask causaron gran efecto entre los terrestres.

—Entonces su objeto es reemplazar a Lúo en la jefatura de Marte —acusó Caron—. Y piensa que nosotros podemos ayudarle en su propósito. ¿Estoy acaso equivocado?

Los ojos de Zask brillaron con la luz de la ira, mas el tono de su voz no se alteró al responder:

—Jamás me animó ese deseo, al menos con las torpes intenciones que quiere suponer. Me preocupa la suerte de los «tari», de los marcianos y de los propios terrestres. No es necesaria esa guerra, porque podemos coexistir perfectamente los tres pueblos en una mutua Confederación que asegure la paz y permita una eficaz cooperación que necesariamente habrá de beneficiarnos a todos. Y eso es únicamente lo que me propongo, no otra cosa. De todos modos, sin queréis secundarme, tampoco os obligo.

Hubo una pausa. El acento de aquel hombre parecía sincero y los terrestres, especialmente Caron, se sintieron violentos. Parecía que

aquel silencio se iba a prolongar indefiniblemente cuando la voz atiplada de la señorita Forsyte lo destruyó:

—¿Puedo formular una pregunta, Zask?

El selenita asintió.

—Tus palabras parecen sinceras —prosiguió la biólogo—. Pero hay algo en cuanto nos has relatado que no encaja bien.

—¿A qué se refiere?

—Verás. Según dices, los primitivos «tari» decidieron abandonar la Luna cuando, agotados todos los recursos, comprobaron que la vida allí se les hacía imposible y que si primer lugar visitado resultó ser la Tierra. Añades que los «tari» hallaron habitado el planeta y renunciaron a la lucha. Más tarde acontecería la muerte de la Luna. ¿No es así, como lo digo?

—En efecto,

—Pues lo cierto es que, según nuestros cálculos, la aparición del hombre sobre la Tierra debió ser muy posterior a los cataclismos de la Luna. Y aunque hubiera habido seres de ningún modo habrían podido poseer una civilización capaz para haceros frente. ¿Qué explicación tiene esto?

Zask miraba a la mujer con extrañeza.

—No puedo saber cuáles son esos cálculos —respondió—. Pero nuestra historia habla bien claro a este respecto. Las crónicas de nuestros antepasados aseguran que al posarse sobre la Tierra hallaron una floreciente civilización que desconocía él arte de volar, pero que en los demás aspectos era importantísima. Puedo precisar incluso el lugar en que se enclavaba porque me he especializado en asuntos relativos a vuestro planeta. Esa civilización se asentaba entre América y África y hoy sé que no existe.

Varias exclamaciones acogieron las palabras de Zask.

—¡La Atlántida! —murmuró Versen—. ¿Es posible que haya existido en realidad?

—Según Zask —replicó Caron—, no queda la menor duda.

La señorita Forsyte se ajustó varias veces los lentes, sin preocuparse ni por un solo momento de su enorme boca espantosamente abierta por el asombro.

En aquel momento un selenita se asomó a la estancia y habló en su idioma a Zask. Éste respondió, se puso en pie y anunció:

—Terrestres, hemos llegado al término de nuestro viaje. Mientras llega el momento de vuestra liberación, seréis nuestros huéspedes. Vuestra astronave está en poder de los hombres de Lúo en Deimos y, a menos que vosotros mismos queráis rescatarla, deberéis esperar a que nosotros podamos ayudaros. Antes de que eso suceda hay que impedir que Lúo cometa la primera locura, y el que yo pueda impedirla supone el bienestar de los vuestros. ¿Vamos? Hemos de descender ya.

Los terrestres siguieron a Zask. Caron se colocó a su altura.

—¿Qué has querido decir?

—Lúo, ha señalado para dentro de diez días el disparo de los proyectiles que pueden desencadenar la guerra en la Tierra.

—Y tú te propones…

—Destruir los emplazamientos lanzadores.

Fred Caron se detuvo y obligó al selenita a hacerlo también, sujetándolo por un brazo.

—Creo que he sido un estúpido al desconfiar de ti, Zask. Quisiera que olvidaras mis palabras. Todos nosotros vamos a ayudarte hasta la muerte.

El rostro del caudillo selenita se iluminó con una sonrisa.

—Ya no recuerdo nada.

Zask puso su mano sobre el pecho de Fred.

—Entre nosotros sellamos así un pacto de amistad.

El terrestre correspondió al extraño ofrecimiento del selenita y ambos sonrieron.

—Desde este momento todo va a ser actividad —dijo Zask—. Comenzaremos los preparativos para nuestra expedición contra las plataformas lanzadoras. Están enclavadas en un paraje alejado por igual de esta ciudad de la de Lúo. Veréis ahora con qué cuento para desbaratar el plan de mi hermano.

Abandonaron el platillo que les había conducido hasta allí y poco después estaban en la ciudad rebelde de Zask. Lam-este era el nombre de la urbe; no era tan grandiosa como la que acababan de abandonar,

pero Zask aseguró que se había empleado un tiempo record al levantarla y que únicamente podía considerarse como un campamento. Sus partidarios no se limitaban a los que la habitaban, sino que en todo el planeta tenia colaboradores incondicionales que se alzarían contra Lúo en el momento preciso para dar la batalla definitiva que acabaría con la crueldad y poderío del tirano, junto con su régimen.

Un detenido examen de la ciudad reveló a los terrestres el gran número de dispositivos bélicos que Zask poseía.

—Mis hombres de ciencia, en colaboración con los terrestres que rescaté con anterioridad, han conseguido una poderosa arma que hará posible el asalto a los emplazamientos lanzadores de Lúo, fuertemente custodiados, pues sabe cuáles son mis propósitos y ha tomado sus precauciones. Tenemos a nuestro favor el que Lúo no me concede excesiva importancia. Va a tener una desagradable sorpresa. Venid ahora a ver los ingenios con los que penetraremos en el recinto militarizado de Kaya, el emplazamiento de los proyectiles.

Mientras caminaban, Sophia preguntó a Zask:

—¿Cuál habrá de ser el fin de Lúo, si triunfamos?

—El de todos los delincuentes y perturbados.

—¿Morirá?

—No por nuestras manos. Los «tari» jamás damos la muerte. Vuestra ejecución se debe a una locura de Lúo. Por ello encontramos gran apoyo para rescataros. Sólo se mata en la guerra. A los criminales o locos se les somete a una operación quirúrgica en la que se extirpa parte del cerebro. Los seres pierden con esta operación gran parte de la inteligencia, pero continúan viviendo y dejan de ser peligrosos para sus semejantes.

—Eso es prodigioso — exclamó la señorita Forsyte.

El grupo llegó hasta unas amplias construcciones. Penetraron en ellas y Zask les mostró lo que allí se almacenaba en gran cantidad. Se podían ver hasta un centenar de desconocidas máquinas, al parecer, de guerra. Se detuvieron frente a una de ellas. Era circular y poseía cuatro enormes dispositivos simétricamente colocados en su periferia, sobresaliendo de ellos sendas fresadoras metálicas en disposición helicoidal. Sus dimensiones no excedían de los veinte metros de diámetro por cinco de altura.

—Con esto conseguiremos la victoria —explicó Zask—. Estas prodigiosas máquinas nos permitirán llegar hasta la guarnición de Kaya sin que sus defensores puedan advertirlo antes de que nos vean brotar del suelo, casi bajo sus propias plantas.

—O sea, que esas máquinas horadan la tierra y avanzan bajo ellas —dijo Caron.

—Exactamente —respondió Zask.

—¿Cómo es que Lúo no ha atacado ya esta ciudad? —preguntó Thomas Grunne.

—Sinceramente, no lo sé. Tampoco si conoce su exacto emplazamiento. Lo que no debe saber es su importancia. Por otra parte, su plan le tiene embebido. Vamos ahora y les presentaré a mis principales hombres y a los terrestres que cooperan conmigo.

CAPÍTULO VIII

El Ataque A Kaya

DOS días más tarde el pequeño ejército de Zask volaba en dirección a Kaya. El plan de combate era elemental en su sencillez, pero los coaligados lo consideraban de gran potencia.

La flotilla de treinta gigantescos platillos atacaría el emplazamiento para distraer la atención de sus defensores. Poco antes las máquinas horadadoras habrían sido desembarcadas de aeronaves de transporte e iniciarían su marcha hacia el objetivo con los medios de un vehículo terrestre. Más tarde, llegado el momento oportuno se enterrarían, continuando su marcha a través del subsuelo.

En la acción no intervendrían todos los terrestres. En aquel mismo lugar de la retaguardia en que iniciaban la marcha las horadadoras quedarían las mujeres, Versen, Bacchi y Ed Benson con el personal selenita y marciano de servicios auxiliares y las tripulaciones de los transportes, que no deberían tomar parte en el asalto.

La señorita Forsyte exhaló un falso suspiro y aseguró en voz baja a Sophia:

—Siento un verdadero alivio al saber que Thomas Grunne no se queda aquí. Créeme, Sophia; me ahoga con su continuo y solapado asedio. Siempre he creído qué me hallo en perpetuo peligro frente a un hombre como él…

Quiso la casualidad que el objeto de los temores de miss Forsyte pasara en aquellos momentos lo suficientemente cerca como para captar la conversación. Se detuvo en seco y la piel de su calva sufrió una congestión. Con gesto feroz avanzó hacia las dos mujeres.

—¡«Señorita» Forsyte —dijo con fuerte voz, que hizo dar un respingo a la biólogo—, no le daría a usted un mordisco ni aun siendo yo uno de esos monstruos marcianos!

Dicho esto, siguió su camino con furibundo ademán. La señorita Forsyte ajustó varias veces con rabia los grandes lentes.

—¡Infame! — rezongó—. Al fin y al cabo ¡hombre!

Entretanto los que iban a intervenir en la acción subterránea ocuparon las horadadoras.

Los terrestres se repartieron entre diversas unidades; no menos de cincuenta de éstas estaban preparadas para la marcha. Caron fue

especialmente invitado por Zask para ocupar el mismo vehículo.

Tras las despedidas, la caravana se puso en marcha. Avanzaron en fila de a cinco. En el interior el espacio vital era bastante reducido.

—En el combate resultan mucho más cómodos —explicó Zask—. Como puedes ver, las piezas artilleras van replegadas hacia dentro para que no constituyan un obstáculo durante la perforación. Aún falta algún tiempo para que la iniciemos. Ven. Observaremos el espectáculo.

Asomados a la torreta, contemplaron la marcha de la columna. Pese a su grotesco aspecto esférico, las horadadoras, al marchar en compacta columna, daban gran sensación de poder. Aproximadamente una hora después advirtieron los primeros indicios de la batalla que se estaba desarrollando sobre Kaya. Una de las astronaves rebeldes, averiada, cruzó sobre la columna para estrellarse poco más tarde.

—¡Ha llegado el momento! —murmuró Zask casi en voz baja, sin dejar de mirar la columna de humo que se elevaba de los restos del platillo derribado. La extraña luz de sus ojos indicó a Caron que aquel hombre pacífico debía ser terrible en su cólera.

Apresuradamente abandonaron la escotilla y Zask comenzó a dar órdenes en su lengua natal. Súbitamente la horadadora en que viajaban pareció detenerse. A esta sensación sucedió la de descenso.

—Estamos clavándonos en la corteza de Marte a razón de veinte kilómetros por hora —comentó Zask— ¿Recuerdas aquellas astronaves que nos condujeron a Lam y que nos aguardaban bajo tierra?

—Sí.

—Iban equipadas con un dispositivo similar al que estamos empleando ahora. En horizontal la marcha será algo más rápida.

—Lo que no llego a comprender es cómo estas máquinas eliminan el obstáculo de la tierra desplazada por su avance.

—No es difícil de explicar. Al mismo tiempo que trabajan las hélices excavadoras, unos poderosos sopletes funden las pequeñas masas minerales que puedan impregnar la tierra. Eliminadas éstas, lo que pueda quedar no constituye obstáculo para el avance.

—¿Sería capaz la potencia de esos sopletes para fundir una veta de mineral de considerable extensión?

—Con toda seguridad, no. Pero en tal caso podemos eludir el

obstáculo horadando en cualquier otra dirección.

—Supón que las hélices queden trabadas en la masa metálica fundida por el calor de los sopletes.

—Para casos tan extremos poseemos un fortísimo ácido corrosivo que nos libraría de tal trabajo.

—Pero si tampoco el ácido diera resultado, quedaríamos aprisionados.

—Nunca avanzamos a una profundidad mayor de los veinte metros. En un caso así podemos volver por el túnel y abrir un nuevo camino en la parte superior, que nos permitiera llegar hasta la superficie.

—Pero no podemos ignorar la posibilidad de que el túnel se derrumbe sobre la horadadora...

—Conversación tan agradable comienza a aburrirme —exclamó Zask en tono alegre—. No te preocupes; todas esas preguntas las formularon cuantos viajaron en las horadadoras por primera vez.

—Procuraré acostumbrarme a esta lata de conserva.

—Tal vez no puedas conseguirlo ahora, porque estamos llegando a nuestro destino. No olvidemos que a estas horas Lúo tiene noticia de nuestro ataque a Kaya. Únicamente tenemos el tiempo que sus refuerzos inviertan en llegar. Pero para entonces los emplazamientos lanzadores de proyectiles deben estar totalmente destruidos.

Sobre Kaya se estaba desencadenando un verdadero infierno. Las astronaves de Zask atacaban incansablemente a los hombres de Lúo sin concederles la menor tregua, pero las baterías de los defensores eran terriblemente eficaces. El hecho de que no hubiera infantería atacante permitía a los atacados conceder toda su atención al fuerte raid aéreo.

Pero de súbito, las horadadoras irrumpieron en el recinto atacado. Brotaron del suelo como trágicas flores. Apenas surgidas de las entrañas de Marte, se erizaron de cañones que comenzaron a sembrar la muerte en torno a sí.

Caron empuñaba el arma que le ofreciera Zask, pues, llegado el momento, sería necesario saltar al exterior para destruir todas las instalaciones de los emplazamientos.

El enemigo, sorprendido por el inesperado ataque, se replegó,

tratando de hacerse fuerte precisamente en el objetivo de los atacantes.

Pasado el primer instante las baterías enemigas dividieron su fuego entre las astronaves y los atacantes. La circunstancia de que estos últimos habían surgido casi en el centro exacto de las posiciones dividió al enemigo en varios grupos a todos los cuales había que hacer frente.

Aquello suponía una formidable pérdida de tiempo, ya que implicaba tener que eliminar, uno a uno, todos los focos de resistencia desde los que se hostigaba con saña a las horadadoras. Por otra parte, suponía una ventaja para las astronaves, que se dedicaran a la destrucción sistemática de las instalaciones de las plataformas.

—Están ofreciendo más resistencia de la que cabía esperar —dijo Zask con aire preocupado—. Sin duda alguna están esperando los refuerzos.

—No podemos resignarnos Zask. Cada segundo que se pierda es una posibilidad menor de alcanzar la victoria.

—Necesitamos llegar hasta el corazón de los emplazamientos y destruirlos de manera definitiva. Y no podemos hacerlo mientras esas dos baterías nos corten el paso.

—Eliminemos esas dos baterías —respondió Caron.

—Nuestros cañones son insuficientes para lograrlo, seria necesaria una cooperación estrecha con las astronaves y eso requeriría mucho tiempo, ya que no estaba planeado.

—Bien. Pues lucharemos de un modo que vosotros no conocéis. Ordena que todos los terrestres se reúnan conmigo.

—¿Qué es lo que te propones?

—Asaltar ambas baterías y desalojar de ellas a sus servidores.

—Las perforadoras no podrían llegar hasta la distancia precisa. Nos barrerían mucho antes de conseguirlo.

—No cabe la menor duda. Las perforadoras ofrecen mayor y más codiciado blanco que un ser humano.

—¿No querréis ir a pecho descubierto?

—Exactamente es eso.

—Pero es una locura...

—Mayor lo es perder el tiempo y esperar a que lleguen los refuerzos.

Zask dio unas órdenes.

—-Con estos fusiles podéis hacer tantos disparos como sean necesarios. Su carga es prácticamente ilimitada —explicó el selenita después, preparando las armas—. De todos modos, no vamos a permitir que vayáis solos. Iremos tras vosotros.

—De ningún modo. Podéis apoyarnos desde aquí. En cuanto a las armas, seria preferible otra cosa. ¿Recuerdas nuestra conversación sobre un posible mal funcionamiento de las perforadoras?

—Sí. Pero no comprendo que...

—Ni es necesario. ¿Podría disponer de algunos de aquellos sopletes? No los he visto jamás, pero ¿podría transportar uno o varios?

—Los acoplados no. Pero existen los de emergencia. Ésos sí son manejables.

—Pronto. Dame uno de ellos y explícame su funcionamiento.

Eran mucho más potentes que lo que Caron pudo suponer. Su llamarada alcanzó una distancia mayor de los veinte metros.

—¡Magnífico! —exclamó con regocijo—. Será un estupendo lanzallamas. Sustituiremos los fusiles por los sopletes. Ahí están mis amigos.

En pocas palabras Caron explicó a los recién llegados cuál era la situación y lo que se proponía hacer. Si alguno de todos ellos llegó a sentir miedo ante semejante hazaña, tuvo el suficiente valor para no demostrarlo.

—Vamos sin pérdida de tiempo —dijo Caron—. Y tú, Zask, procura que cuantos cañones sean posibles disparen contra la batería elegida. Aunque no tengan efectividad bastarán para distraerles.

—¡Suerte! —deseó el selenita.

Caron, Stivell, Grunne y los demás mecánicos supervivientes, Carver y Castle, abandonaron las horadadoras.

Caron hizo una última advertencia a sus amigos.

—No olvidéis que nuestro menor peso nos permite dar grandes saltos, que deberemos aprovechar para evitar ser buenos blancos.

Efectivamente, como gigantescas langostas, los terrestres avanzaron a grandes saltos. Desde las horadadoras hacían fuego de cobertura y la batería respondió de modo terrible, percatados, quizá, de que los atacantes se proponían aniquilarla.

Caron marchaba en cabeza y, a pesar de que aún no disparaban contra ellos, avanzaban saltando en zigzag, resguardándose de vez en cuando tras humeantes ruinas o cualquier objeto que le ofreciese su refugio.

La batería estaba emplazada en un desnivel del terreno. Unos cuarenta metros los separaban de ella. Sus ocupantes no habían intentado nada contra ellos, pero era de presumir que ya estaban sobre aviso y esperaban su próxima acción.

Inesperadamente comenzaron a hacerles disparos. Por lo magnitud de éstos, comprendió Caron que eran de fusilería. Pero no debían ser muchos los que disparaban, pues el fuego no era muy nutrido.

Una idea brotó en la mente del piloto terrestre. El enemigo no había imaginado nunca un ataque de aquel estilo y no estaba preparado para repelerlo. Decidió no darles tiempo para remediar aquella desventaja. Cuarenta metros eran escasa distancia para sus poderosos saltos.

Saltó fuera de su escondite, comenzó a correr al mismo tiempo que terciaba el soplete y se preparaba para disparar su mortífero chorro.

Sin ocasión de precisar, apretó el dispositivo, obedeciendo al mandato de su instinto. Saltó el chorro de fuego y las llamas envolvieron el primer cañón. Los desgarrados gritos de los desgraciados que sufrieron el fuego erizaron los cabellos de Caron, pero cerró con fuerza los labios y dirigió nuevamente el chorro de fuego contra el enemigo.

Los disparos de la batería casi habían cesado y las horadadoras de Zask ya no disparaban. Podía decirse que la lucha en aquel sector estaba establecida únicamente entre ellos cinco y los servidores de la batería.

Caron comprendió que se había expuesto demasiado y, cerrando el chorro de fuego, se dejó caer al suelo. Casi en el mismo momento

escuchó el terrible grito de uno de sus compañeros. Era Castle, que venia pisándole los talones y recibió el mortal disparo que contra el propio Caron iba dirigido. Sin importarle el riesgo que estaba corriendo se acercó al caído, reptando. Aun antes de llegar a su lado, comprendió que nada podía hacerse por él. Antes de retroceder hasta un lugar seguro, hizo una seña a Stivell para que se detuviese, pues pretendía llegar junto al caído.

Desde su nuevo refugio, Caron disparó nuevamente con el improvisado lanzallamas. Sus restantes compañeros le imitaron. Gozaban ahora de una posición privilegiada desde la que diezmar al enemigo.

Resultó tan brutal y breve la lucha, que no hubo lugar para el cuartel. Algunos de los selenitas y marcianos enemigos supervivientes se dieron a la fuga. Los pesados marcianos hubieran sido magnífico blanco para los terrestres, pero Caron impidió que se les disparara de nuevo. Era suficiente con que abandonaran el campo. Reducida a silencio aquella batería, quedaba únicamente la otra, y ya resultaría fácil reducirla al silencio. Varios coaligados rebeldes llegaron para hacerse cargo de la batería conquistada por los terrestres y comenzaron a hacer fuego contra el otro bastión enemigo, que no tardó en sucumbir a un ataque conjunto. Las huestes de Zask tenían el camino libre para lanzarse contra los emplazamientos de proyectiles dirigidos.

El caudillo selenita adoptó el sistema de lucha de los terrestres en las horadadoras y tan sólo quedaron los artilleros. Las astronaves recibieron orden de retirada.

Iniciaron una carga contra el último baluarte de los leales de Lúo que fue penosamente rechazado por éstos. Era inminente el derrumbamiento de la resistencia. Esto lo sabían tan bien unos como otros.

Cuando se inició el segundo asalto, los defensores del último reducto estaban dispuestos a todo.

Caron, con el propio Zask a su lado, dirigió el ataque. El choque resultó terrible, pero la ventaja de los sopletes inclinó el plato de la balanza del lado de los asaltantes.

Más llegó un momento en que ni estas armas pudieron ser usadas con eficacia. Se hizo necesario el cuerpo a cuerpo. Un cuerpo a cuerpo brutal, sin más ley que la del instinto y los reflejos atávicos.

Caron utilizaba su ya inservible lanzallamas como contundente

maza.

Sus poderosos saltos le concedían superioridad. Generalmente buscaba a sus enemigos entre los selenitas, eludiendo en lo posible el ataque de los marcianos, conociendo la efectividad de sus tentáculos.

Al fin, los asaltantes lograron hacer retroceder a sus enemigos. Éstos abandonaron las instalaciones codiciadas por sus atacantes y se reorganizaron sobre una suave colina.

Nada mejor podían esperar los coaligados. Mientras parte de sus efectivos se ocupaban de distraer al enemigo, el resto procedió a la concienzuda destrucción de las instalaciones. Los complicados dispositivos de lanzamiento fueron destruidos hasta tener la certeza de que no serían útiles ni se construirían de nuevo.

Mas, antes de que esta labor hubiera sido llevada a cabo, se tuvo noticia de que las vanguardias del refuerzo enviado por Lúo estaban entrando ya en combate.

—No nos retiraremos de aquí hasta que todo quede destruido —rugió Zask.

—Eso sería una locura —replicó Caron—. Lo más importante está hecho; Lúo necesitará mucho tiempo en rehacer sus planes. El tiempo necesario para que nosotros le demos la batalla decisiva.

—Está bien. Reorganiza a nuestros hombres y emprende la retirada. Yo me reuniré con vosotros en el último instante. Me bastarán veinte de mis hombres para finalizar este trabajo.

—Eso no es sensato, Zask —protestó Caron.

—No hay tiempo para discusiones. Claya, mi ayudante, será tu intérprete. Transmitirá tus órdenes.

Caron comprendió que Zask no podía ser convencido y optó por reorganizar la retirada.

Las horadadoras se reagruparon, impidiendo con sus disparos el avance del enemigo, que intentó un asalto. Casi todas las tripulaciones ocupaban ya sus puestos en las máquinas y restaban tan sólo los hombres que distraían al enemigo. Finalmente, éstos también estuvieron a salvo en sus respectivas unidades.

Caron esperaba ansiosamente que Zask terminase su labor para ordenar la huida.

Desde donde se hallaba le era imposible ver a quienes, dentro de las instalaciones, proseguían su labor destructora; únicamente llegaban hasta él las explosiones.

Súbitamente el enemigo lanzó una ofensiva. Los cañones de las horadadoras eran incapaces de resistir el empuje del enemigo, que logró llegar hasta las plataformas de lanzamiento.

Caron dejó escapar una imprecación y ordenó a Claya que avanzaran las horadadoras para obligar a los hombres de Lúo a replegarse.

En el mismo momento vio a Zask y apenas diez hombres que con él hacían frente al numeroso enemigo. Estaban completamente rodeados, pero a pesar de ello continuaban luchando con encono.

Caron comprendió que ya todo era inútil. Por tal cambió la orden.

—¡Ordena la huida, Claya! Que salgan a la superficie ochenta kilómetros más lejos de lo previsto y emprendan una ruta perpendicular a la que trajimos, apuntando al norte. Nosotros vamos a rescatar a Zask y a sus héroes.

Claya abrió los ojos desmesuradamente.

—Obedece —en la mirada de Caron había amenaza.

El ayudante de Zask corrió a cumplir las órdenes. Poco más tarde la horadadora avanzó hacia el enemigo, mientras el resto se incrustaba rápidamente en el suelo.

El enemigo comenzó a disparar contra ellos. Aquella máquina poseía una ligereza insospechada y resultaba difícil blanco.

Caron observaba atentamente los movimientos del enemigo a través de la mirilla. Desde ella pudo ver cómo cesaba la lucha de Zask y éste le hacía desesperadas señas de que huyese. Había demasiados enemigos para intentar el rescate.

El terrestre se mordió los labios con rabia y dio las órdenes oportunas a Claya. La horadadora cambió de dirección y retrocedió velozmente.

Entonces el enemigo centró sobre ella sus disparos. Grandes llamaradas abrasaban la rojiza arena, elevándola hasta gran altura. Los segundos que invirtió la perforadora en abrir el camino para la máquina resultaron un infierno de incertidumbre y angustia para sus ocupantes, que esperaban de un momento a otro el fatal impacto.

Poco a poco fueron perdiéndose los ecos de las violentas explosiones. La horadadora ganaba profundidad. A los quince metros se niveló para avanzar en horizontal.

Caron no pudo precisar cuánta distancia llevaría recorrida la máquina cuando la horrísona explosión le derribó contra unas mamparas. Se golpeó fuertemente en la cabeza, pero no llegó a perder la noción de las cosas.

—¿Qué ha sido eso, Claya? —gritó.

—¡Hacen disparos en la galería que dejamos tras nosotros y la onda expansiva se centuplica!

—¿Existe peligro?

Claya no pareció haber escuchado las últimas palabras de Caron. En su lugar, comenzó a dar rápidas órdenes a los maquinistas. El terrestre advirtió claramente que la horadadora cambiaba bruscamente de dirección. Lo hacía ahora en ángulo recto respecto a la trayectoria que hasta entonces habían seguido.

Una nueva explosión, mayor que la anterior, derribó otra vez a todos los ocupantes. La horadadora volvió a cambiar de dirección, prolongándose estas maniobras durante bastante tiempo. Cada vez las explosiones eran menos violentas y finalmente la horadadora continuó su camino en línea recta. Las explosiones apenas eran ya ecos distantes e inofensivos.

Caron interrogó a Claya con la mirada.

—Esas explosiones podían habernos destrozado de continuar en línea recta. Se hacía preciso romper la continuidad de la galería. Para conseguirlo era preciso que la horadadora avanzase en laberinto. Con ello las ondas pierden fuerza. Ahora estamos ya fuera de peligro y seguimos nuestra ruta.

—¿Cuál habrá sido la suerte de Zask y los suyos, Claya? —preguntó Caron, temiendo la respuesta.

—Debió de morir luchando.

—Yo vi cómo era hecho prisionero.

—En tal caso será llevado ante Lúo, que es aún mucho peor.

Caron no participó del pesimismo de Claya.

—Mientras viva existe la esperanza de que podamos rescatarlo, únicamente será necesario precipitar los acontecimientos y dar la batalla final.

—Lúo lo mataría antes de llegar hasta él.

—Esperemos que no sea así.

CAPÍTULO IX

Lúo Gana Su Primera Baza

LA reunión de las horadadoras fue una labor dilatada. La mayoría de ellas emergieron en lugares distantes. Pero sobre la superficie fue posible el uso de las emisoras y ello ayudó a reagruparlas. Por orden de Caron las máquinas avanzaron dispuestas para el combate. El terrestre temía un encuentro con las fuerzas de Lúo y echó de menos a las astronaves de Zask, que se habían retirado apenas comenzado el ataque subterráneo. Una cobertura aérea sería de gran utilidad, aunque delataría inmediatamente su situación. Esperó que pudieran llegar sin tropiezo hasta el campamento de las espacionaves de transporte. Una vez allí la huida sería más rápida a bordo de los transportes.

Más quedaron desagradablemente sorprendidos al no recibir contestación de las señales enviadas por radio. Las repitieron una y otra vez hasta quedar convencidos de su inutilidad.

—No comprendo el mutismo de los nuestros —comentó Claya, visiblemente inquieto—. Nuestra emisora funciona perfectamente.

Caron miró con desconfianza la sencilla y esquemática instalación de radio selenita. Le parecía excesivamente frágil como para no haberse averiado. Claya pareció interpretar tal mirada y añadió:

—Haré que llamen desde otras unidades.

La respuesta fue negativa. El campamento no respondía a ninguna llamada. Caron se encerró en hosco mutismo.

Una hora más tarde avistaron el campamento. Con impaciencia, el terrestre, abrió la puerta de la torreta y oteó. El campamento estaba aún lejano, pero, no obstante, esperó ver movimiento en él. No fue así. Una terrible ansiedad le acongojó.

Cuando la horadadora estuvo lo suficientemente próxima, saltó al suelo y echó a correr hacia él, llamando a grandes voces. Nadie respondió a sus gritos.

El campamento parecía desierto. Al fin descubrió algunos cuerpos tendidos en el suelo, en su mayoría marcianos.

Corrió hasta ellos. Estaban muertos.

Pronto se le reunieron Stivell, Claya, Grunne y los otros.

—¿Qué ha sucedido aquí? ¿Dónde están las mujeres? —preguntó el primero.

—Sé tanto como vosotros —replicó Caron—. Registremos todo el campamento.

La búsqueda duró poco y no tuvo más resultado que el hallazgo de un selenita que aún sobrevivía; de los terrestres, ni rastro.

El herido apenas podía hablar, pero dio los suficientes datos a Claya para que pudiera formular juicio.

—¿Qué dice? —preguntó Caron.

—Apenas ha podido pronunciar algunas palabras. Parece ser que fueron sorprendidos por fuerzas de Lúo, sin duda los refuerzos que enviaba a Kaya, y hubo una pequeña lucha. Imagino que los marcianos ofrecieron mayor resistencia, pues odian a Lúo...

—Abrevie. ¿Qué ha sido de los otros?

—Fueron hechos prisioneros.

—¡Maldito Lúo! —exclamó Caron fuera de sí—. Que comience la carga en los transportes.

—Tendremos que llegar hasta Lam por nuestros medios —replicó Claya—. Las espacionaves están inutilizadas. Y, aunque así no fuera, faltan los pilotos.

—¿Cuánto tiempo invertirán las máquinas en llegar a Lam.

—Cuatro días aproximadamente, si forzamos la marcha.

—Demasiado tiempo. Envíe un mensaje a Lam para que nos envíen transportes. Al mismo tiempo que preparen todos los efectivos disponibles y avisen a los aliados de Zask que ha llegado el momento del levantamiento contra Lúo.

* * *

Los principales jefes militares de Lam acudieron a recibir a los expedicionarios de Kaya. La noticia de que Zask era prisionero de los hombres de Lúo había causado gran desánimo entre los rebeldes.

Caron reunió a .los hombres preeminentes de Lam, presididos por Sahon, primo de Zask, y a quien sustituía.

Caron explicó en pocas palabras cuál era la situación y su punto

de vista con respecto a lo que habría de hacerse en el futuro. Proponía la reunión de todos los incondicionales de Zask y la revuelta. Sabía que muchos de los hombres de Lúo estaban con Zask. Su colaboración sería valiosísima y la clave del triunfo.

Una vez hubo acabado tomó la palabra Sahon. Su gesto indicó al terrestre que no se hallaba muy dispuesto.

—Hermano terrestre —comenzó—. Una acción como la que propones no es un asunto baladí. Bien dijiste al afirmar que en los hombres descontentos de Lúo teníamos a nuestros mejores aliados, pero para que éstos se decidan a dar un paso tan peligroso necesitamos del prestigio de que sólo Zask poseía. Ninguno entre nosotros posee las prendas necesarias. Con toda seguridad, nuestro esfuerzo sería vano. Los incondicionales somos insuficientes para combatir al tirano.

Caron perdió la paciencia.

—Está bien. No les he reunido para enzarzarme en dialécticas políticas —bramó—. Lo que yo pido es acción, acción inmediata. No podemos perder el tiempo sospesando concienzudamente las posibilidades, mientras Zask está a merced de la locura homicida de su hermano. Puesto que Zask es imprescindible para los cobardes, propongo un plan efectivo.

Las palabras del terrestre, traducidas por Claya, causaron un gran revuelo entre los selenitas. Sahon tomó nuevamente la palabra:

—No tenemos en cuenta tus palabras, terrestre, porque eres amigo de Zask. Pero el mero hecho de que estemos aquí, desafiando a Lúo, muestra que no somos cobardes.

El furor se escapaba por la mirada de Caron.

—No me interesan vuestros méritos, sino libertar a Zask. Y es precisamente esto lo que propongo, únicamente pido algo de ayuda para rescatarlo.

—Para ti, terrestre, supone poco trabajo hablar —dijo agriamente Sahon—. Aún ignoramos si eres tan eficiente en el combate. Yo sucedo a Zask y soy quien habrá de determinar lo que se debe hacer.

Fred Caron realizó un nuevo intento

—Les hago una última proposición. ¿Sería suficiente para un movimiento general que la lucha comenzara en la misma capital del tirano?

Algunas carcajadas respondieron a sus palabras.

—Si consigues eso, terrestre, habrás ganado tú solo la batalla —rio Sahon—. Pero es tan difícil como apagar el Sol de un soplo.

Caron apretó los puños con fuerza y abandonó la reunión, seguido de Claya y sus compañeros.

Ya en el exterior, Caron se volvió al ayudante de Zask.

—¿Por qué me sigues? —preguntó—. ¿No me consideras también tú un loco?

—No me he detenido a pensarlo, porque no tiene importancia para mí —respondió con afecto—. Sé que eres el único que piensa en salvar a Zask y con eso tengo bastante. Puedes contar para todo conmigo y te seré útil.

—¡Magnifico, Claya! ¿Existe algún medio de entrar en la capital de Marte, sin ser vistos, y establecer contacto con los jefes del movimiento rebelde?

—Creo que no habrá dificultad alguna con la ayuda de los nuestros.

—El plan que he dispuesto es el siguiente. Iremos hasta el cubil de Lúo y trataremos de convencer a los cabecillas rebeldes para que inicien la revolución.

—Eso no es fácil —replicó Claya—. A Sahon no le faltaba razón al afirmar que no se atreverán mientras Zask permanezca prisionero de Lúo.

—Pero deben comprender que Lúo no nos lo va a devolver por el sólo hecho de que lo necesitemos. Podemos salvarle durante la revuelta.

—¿Cómo?

—La verdad es que en estos momentos nada se me ocurre. Pero una vez allá surgirá la coyuntura. Lo que sí es necesario es que los rebeldes a las órdenes de Lúe se decidan.

—¿Cómo conseguirlo?

—Engañándolos. Bastará con que les digamos que todo está dispuesto para el levantamiento y que los efectivos de Lam se dirigen hacia allí para apoyar la insurrección. Una pequeña dosis de suerte

hará el resto. Es de esperar que Sahon se decida cuando sepa que allí ocurre algo anormal.

—Vale la pena intentarlo.

El grupo se puso en marcha, pero se vio obligado a detenerse de nuevo ante la presencia de un marciano que les dirigió algunas palabras en su rudimentario idioma.

—¿Qué intenta decirnos? — preguntó Caron.

—Se trata de Xacá, principal entre los marcianos —tradujo Claya —. Dice que ofrece el apoyo de los suyos para libertar a Zask. Todos sus hombres están dispuestos para arriesgarse en cualquier momento. Pide que le dejes acompañarnos si intentas libertar a Zask.

—No podemos despreciar aliados y él puede ser muy valioso. Dile que contamos con él. No podemos perder ni un instante más. Antes de nada necesitamos una confirmación de que los prisioneros están en poder de Lúo. Una vez comprobado este extremo, partiremos.

La información llegó poco después. Los espías rebeldes indicaban que Zask y los terrestres habían sido llevados a la ciudad. Por el momento no existía peligro, porque. Lúo había anunciado que serian juzgados tres días después.

—Ese es el tiempo de que disponemos —comunicó Caron a los suyos —. Ahora, en marcha.

Era imposible llegar hasta la ciudad del tirano usando cualquier vehículo. Estaba declarada la ley marcial. Por lo tanto, la última etapa del viaje la realizaron por los medios naturales. Un grupo de rebeldes les esperaba en determinado lugar y les franquearon la entrada al recinto de la ciudad, valiéndose de la circunstancia de que eran militares. Claya y Xacá podían pasar desapercibidos, pero no así los terrestres, ya que su menor talla y diferente pigmentación les delataba.

En un vehículo cubierto fueron llevados hasta un lugar en el que no podían ser descubiertos. Los que les llevaron hasta allí desaparecieron con la promesa de que Tarman, jefe supremo de los rebeldes en la ciudad, no tardaría en visitarles.

—La primera parte de nuestra aventura no ha tenido el menor tropiezo —aclaró Caron cuando quedaron solos—. Me complace comprobar que Zask tiene amigos incondicionales aquí. Ahora, atended todos. Vamos a traicionar a estos hombres, pero de otro modo

jamás se atreverían a dar el paso decisivo. Claya ha bloqueado las emisoras clandestinas de Lam con hombres de su entera confianza. Si Tarman llegara a desconfiar de nosotros y trata de confirmar el hecho del levantamiento, recibirá una respuesta afirmativa. Comprended que muchos han depositado su entera confianza en nosotros y arriesgan tanto como nosotros. No podemos defraudarles en ningún momento.

Dos horas más tarde recibieron la visita da Tarman. El selenita ocupaba un elevado cargo junto a Lúo. Debía ser un hombre valeroso, pero estaba confuso por la difícil situación.

—El salvamento de Zask es sumamente arriesgado —adujo—. Si él estuviera presente no dudaría un instante el provocar el alzamiento. Su prestigio elevaría la moral y casi todos los que militan al lado de Lúo volverían sus armas contra él. Hay pocos que le aprecien, porque aborrecemos su crueldad de demente y nadie desea una guerra con la Tierra. Pero así es distinto.

—Piensa, Tarman, que el pueblo deseará salvar a su líder y el empeño será mayor. Una vez la revolución en marcha, intentaremos un golpe de mano que nos permita rescatar a Zask, lo que supondría casi una victoria definitiva. Los refuerzos de Lam serían más que suficientes para reducir a la ciudad nervio del planeta. Los posibles focos de resistencia capitularían y la lucha sería breve. Quizá se redujera únicamente a la escaramuza de aquí.

Tarman escuchó atentamente las razones de Caron, mas no demostraba gran entusiasmo.

—Regresaré mañana con mi decisión —dijo—. Necesito saber dónde están los prisioneros y las posibilidades de rescate. Pasado mañana será celebrado el juicio.

—Piensa en que luego resultará más difícil.

El selenita abandonó el lugar.

—¿Crees que se decidirá? —preguntó Stivell.

—No lo sé. No parece muy dispuesto. Debemos rogar porque suceda algo trascendental, que precipite los acontecimientos.

La espera constituyó un tormento para Caron. El sólo imaginar que a Sophia pudiera ocurrirle algo le volvía loco. Ignorando su debilidad, juraba arrasar todo el planeta si a cualquiera de los prisioneros le sucedía algo.

La visita de Tarman se repitió al día siguiente. Venía excitado.

—Traigo noticias —dijo, apenas hubo entrado—. Lúo se preocupa por vosotros.

—¿Por nosotros?

—En efecto. Ha lanzado una proclama haciendo saber que si no os entregáis antes del juicio, los prisioneros morirán en la tortura. No es más que una añagaza, porque de todos modos les dará muerte, incluso a Zask. Espera que los leales de éste os entreguen a cambio de la vida de Zask, aunque luego él os hará desaparecer.

Caron quedó pensativo.

—El inefable Lúo ha lanzado la carnada suculenta, ¿eh? Es una inocente trampa, pero lo que falta por saber es quién habrá de morder el anzuelo. Creo que Lúo se va a coger los dedos en el mismo cepo que prepara para nosotros.

—¿Qué quieres decir, Fred? —preguntó Thomas Grunne.

—Lo que dije, Lúo caerá en la misma trampa que nos prepara.

—Explícate, terrestre —pidió Tarman.

—Lo haré. En primer lugar, todos los recursos deberán estar preparados para el día del juicio. Con esta fecha coincidirá el levantamiento. Sus hombres deberán ocupar los lugares estratégicos que estudiaremos a continuación. Tarman, vamos a engañar a nuestros amigos de Lam. Enviaremos un mensaje anunciando que ya se ha producido el levantamiento y que Zask está en libertad…

—Pero…

—No hay lugar para los peros. Mi plan no puede fallar.

* * *

El día del juicio contra el traidor Zask y los terrestres había llegado. Había gran animación en la ciudad, Pero la excitación del pueblo creció al observar la numerosa facción armada que atravesaba la ciudad en dirección al palacio de Lúo, llevando como prisioneros al resto de los terrestres. Las precauciones se habían llevado hasta la exageración. Por doquier podían verse grupos armados que recorrían la ciudad.

El numeroso grupo que custodiaba a los terrestres se vio engrosado por otros que se le iban uniendo a medida que se aproximaban a palacio. Una vez en él los grupos fueron quedando

apostados en diversos lugares del mismo.

La comitiva se detuvo frente a la gran puerta tras la que se estaba celebrando el juicio.

Franqueada ésta, se hallaron ante Lúo y los terrestres prisioneros con anterioridad. Hubo exclamaciones de alegría. Sophia corrió hasta los brazos de Caron.

—¿Qué va a ser ahora de nosotros? —preguntó entre un desgarrado sollozo.

—Valor, Sophia. No todo está perdido —susurró él al oído.

Zask estaba lívido. Miró con ira a su hermano y luego a Caron.

—¿Os sorprendieron, hermano terrestre? —preguntó con fiereza.

—No, Zask. Nos entregamos voluntariamente a los hombres de Lúo.

—Te creí más sensato. ¿No comprendes que Lúo ha conseguido apresarnos a todos? Tú debiste quedar para dirigir el movimiento de liberación.

—Ya está hecho. Y a fe mía que con éxito —respondió Caron sonriendo—. Hemos conseguido llegar hasta el cubil de Lúo sin verter hasta ahora ni una sola gota de sangre. Ha llegado el momento de la liberación.

Zask miró sorprendido al terrestre.

Lúo, que escuchaba al intérprete, gritó exasperado:

—¡Basta de charla! ¡Si tantas ganas de hablar tienen, que lo hagan en el calabozo!

—Un momento, Lúo —dijo Caron—. Creíamos que aquí se estaba celebrando un juicio.

—¡Te ordeno que calles, terrestre! ¡Ante mí sólo se puede hablar cuando lo ordeno!

—No, Lúo. La situación ha variado bastante. Ya no estoy obligado a callar cuando tú quieras. Ni yo, ni los «tari», ni los marcianos.

Aquellas palabras exasperaron a Lúo, que se alzó de su trono con furia.

—¡Lleváoslos! —gritó—. ¡Vivirán el tiempo necesario para preparar su ejecución!

Varios marcianos de la guardia de Lúo avanzaron hacia ellos. Zask advirtió la decisión de Caron y llegó hasta él de un salto.

—No cometas una locura, Fred —avisó—. Ésos marcianos han sido desposeídos de parte de su cerebro y actúan como autómatas.

—Esa diabólica invención de Lúo no resistirá a las armas —respondió.

Y en aquel momento sucedió lo imprevisto.

La puerta de la sala se abrió violentamente y un oficial de Lúo penetró corriendo.

—¡Señor! ¡Ha estallado una revolución! Los rebeldes se han adueñado de puntos vitales de la ciudad y amenazan con ocuparla.

Lúo lanzó un terrible grito y señaló a los prisioneros. Algunos de sus hombres apuntaron a éstos. Pero los hombres que habían custodiado a los terrestres a través de la ciudad, se anticiparon, disparando con efectividad contra la guardia del tirano. Caron y los suyos sacaron las armas que portaban ocultas.

Un grupo de marcianos irrumpió en la sala para ayuda de los rebeldes. Pero sucedió lo imprevisto. Violentos chorros de gas brotaron en todas direcciones desde el estrado que ocupaba Lúo. El vivo escozor que este gas produjo en sus ojos dio a entender a Caron que se trataba de algo muy similar a los gases lacrimógenos. Los efectos fueron breves, pero bastaron para permitir la fuga de Lúo y sus principales.

El furor de Zask no tenía límites.

—¡Han conseguido escapar con una estúpida treta! —bramó.

—Podemos hallar la trampa que han empleado para huir —dijo Stivell.

—Para cuando lo encontremos, Lúo estará fuera de nuestro alcance —opinó Caron—. De todos modos, quedará aquí un grupo para averiguar cómo y hasta dónde conduce esa trampa. Zask y Tarman deben dirigir a los suyos. Esperemos que Sahon haya caído en la trampa y esté al llegar.

—Vamos —dijo Zask—. Hemos comenzado y debemos acabar.

Lúo no saldrá de la ciudad, pues debe saber que si pierde la capital de Marte, puede dar por perdida su causa.

En aquella fase del combate podía decirse que los sublevados dominaban eficazmente la mitad de la ciudad, pero los leales de Lúo poseían aún los puntos más importantes. La presencia de Zask infundió moral a los suyos y el combate se recrudeció, logrando alguna ventaja sobre el enemigo.

—Si Sahon llega a tiempo habremos logrado el triunfo —opinaba Tarman.

—Esperemos que así sea —dijo Caron—. Pero, de todos modos, debemos confiar en nuestras propias fuerzas. Pudiera ser que Sahon no llegara en el momento oportuno.

Las palabras del terrestre causaron el mismo efecto que una bomba.

—¿Por qué? —preguntó Tarman.

—Porque, cuando abandoné Lam, Sahon no creía que yo lograra la sublevación aquí.

—Pero ¿no es cierto que dijiste que Sahon se hallaba en camino para socorrernos? —dijo con extrañeza Tarman—. Incluso indicaste la conveniencia de mentirles respecto a la liberación de Zask para que acelerasen su desplazamiento.

—Es cierto, pero también a ti te mentí.

Zask intervino:

—Calma, Tarman. Reconozco contigo que el terrestre es un temerario, pero ya es tarde para volver atrás. Esperemos que Sahon no sea todo lo cobarde que Caron supone.

La lucha comenzó a ser desesperada para los rebeldes. Los partidarios de Lúo lograron confinarlos en la parte septentrional de la ciudad, casi sin recursos para la defensa.

La valiosa deserción de los marcianos favoreció la situación de los rebeldes, que lograron ensanchar sus posiciones. Y de pronto el cielo de la ciudad se llenó con los agudos silbidos de las espacionaves de combate.

—¡Son las fuerzas aéreas de Lam! —gritó Zask con alborozo—. ¡Sahon ha llegado!

Las fuerzas de refresco irrumpieron por todos los puntos de la ciudad. Los marcianos actuaban como fuerzas de choque por su propia voluntad, ansiosos de redención y su terrible eficacia era acusada por el enemigo, que comenzó a capitular, incapaz de resistir el terrible empuje.

Los reductos que seguían ofreciendo resistencia eran asaltados por las horadadoras, que brotaban del suelo para desbaratar cualquier defensa. El enemigo desconocía tales armas y el medio de combatirlas, por lo que la batalla se tornó en una fulminante victoria de los hombres de Zask.

La situación estaba ya definida, pero era necesario apresar a Lúo. En ninguna parte de la ciudad se le halló.

—Tal vez si lográramos saber adonde conducía la trampa por la que escapó.

—No nos conduciría a ningún lado. No era sino una salida que llevaba fuera del palacio —repuso Tarman.

Algunos datos informaron que el dictador de Marte se había refugiado en los últimos momentos del desastre en la gran central que suministraba luz y calor a la ciudad.

Penetraron en el edificio, acompañando al caudillo rebelde, Caron, Claya y Stivell.

Por doquier se veían cadáveres y restos de la pasada batalla. El examen fue concienzudo, pero no reveló nada.

—Desgraciadamente, no hay el menor rastro —dijo Zask con desaliento—. Hubiera sido preferible hallarle. Mientras permanezca en libertad puede ser peligroso.

—¡Más de lo que supones, perro traidor!

Las palabras habían sido pronunciadas con rabia. Zask giró en redondo.

—¡¡Lúo!! —exclamó,

—Sí. Yo soy —rugió el dictador asomando de la columna tras la que estaba oculto. En sus manos empuñaba un arma con la que les apuntaba—. Ganaste la primera baza, pero no viviréis lo suficiente para ver mi triunfo definitivo. Os voy a matar porque sois demasiado peligrosos. Debí hacerlo antes. Ahora no titubearé.

Apenas había pronunciado estas palabras alzó el arma y disparó sobre Zask. Claya se interpuso veloz en la trayectoria mortal, recibiendo el impacto.

Stivell estaba algo alejado y fue el primero que logró disparar contra Lúo, que lanzó un rugido al sentirse herido. Caron disparó nuevamente sobre él, coincidiendo su disparo con el segundo de Stivell.

El tirano se retorció horriblemente antes de caer. Ya en el suelo, aún intentó alcanzar el arma que resbalara de sus manos. Caron alzó otra vez la suya.

Zask le detuvo.

—Basta ya —dijo con voz temblorosa—. No es preciso el ensañamiento.

Visiblemente emocionado, abandonó el edificio.

El resto de Marte permaneció pendiente de los sucesos de la Capital, acogiendo con entusiasmo el triunfo de los rebeldes. No obstante, la labor de pacificación llevaría algún tiempo.

* * *

El propio Zask había acompañado a sus amigos terrestres hasta Deimos para despedirles. El «Pionero» estaba dispuesto para el ya desesperado viaje de retorno, transportando a bordo a los científicos terrestres rescatados.

—Mi pueblo no podrá agradecer jamás la .ayuda que le habéis prestado. Decid a vuestros gobernantes que nada tienen que temer de nosotros, sino que encontrarán en Marte la colaboración para un futuro entendimiento entre ambos mundos. Adiós, hermanos.

Caron abrazó fuertemente a Zask.

—Volveremos tan pronto nos sea permitido —dijo—. Y traeremos la alianza de los nuestros.

Más tarde Zask regresaba en su astronave a Marte. Desde ella pudo ver la lenta maniobra de la de sus amigos, que iniciaba la dilatada hipérbole, destacando violentamente sobre el negrísimo cielo acribillado por las titilantes estrellas.

Una lágrima brotó de sus ojos.

FIN